



Fragment of a yellow label on the spine edge.



D

2912



10

2.

3.

26
9
2912

MANUSCRITO

ó

RESUMEN DE LA VIDA POLITICA

DE

NAPOLEON BUONAPARTE.

ESCRITO POR EL MISMO

EN LA ISLA DE SANTA ELENA.

Traducido al Español , y adornado con
notas

POR L. C. C. Y M.

MADRID : AÑO DE 1820.

IMPRESO POR ESPINOSA.

Se vende en las librerías de Paz y Brun.



LIBRO DE CUENTAS

DE LA CAJA DE PENSIONES

DE LA CAJA DE PENSIONES

DE LA CAJA DE PENSIONES

DE LA CAJA DE PENSIONES

DE LA CAJA DE PENSIONES

FOR L. C. Y M.

LIBRO DE CUENTAS

DE LA CAJA DE PENSIONES

MANUSCRITO.

No me propongo hacer Comentarios, porque los acontecimientos de mi Reynado son demasiado conocidos, y no estoy en el caso de satisfacer la curiosidad pública. Daré el resumen de los sucesos, para evitar que mi carácter é intenciones sean desfigurados, respecto á que quiero aparecer, tal cual soy, á los ojos de mi hijo, y de toda la posteridad. Este es el objeto de mi escrito, que tengo que hacerlo conducir por rodeos para que vea la luz pública, pues me consta por experiencia que si cayese en manos de los Ministros Ingleses, quedaria sepultado en eterno olvido.

Mi vida ha sido tan maravillosa que los admiradores de mi poder opinan que tambien debió ser extraordinaria mi infancia, pero se engañan: mis primeros dias nada tuvieron de singular: no era mas que un niño obstinado y curioso, habiendo sido mi educacion tan miserable como toda la que se daba en Corcega. Aprendí con bastante facilidad el idioma

2
frances entre los Militares de la guarni-
cion con quien trataba: mis inclinaciones
eran fuertes y mi carácter decidido; y
como estas cualidades me conducian á
querer las cosas con veemencia, me corres-
pondian los resultados. Jamas me arre-
draron los inconvenientes, y esto me dió
ventajas sobre los demas hombres, porque
dependiendo indudablemente la voluntad
del temple de cada individuo, ninguno es
dueño de dominarla.

Mi juicio me conducia á detestar las
ilusiones: descubrí siempre la verdad á
primera vista y por esta razon he conoci-
do mejor que otros la esencia de las cosas.
Para mi ha existido el mundo solo en el
hecho, y no en el derecho. Era único por
mi naturaleza y no encontraba semejante.

No traté de inquirir el partido que
podia sacar de los estudios, y en realidad
de nada me han servido sino de aprender
métodos. De las matemáticas saqué algun
fruto; lo demas me fue absolutamente
inútil, pero estudiaba por amor propio.
No obstante esta verdad, mis facultades
intelectuales se desenrollaban sin adver-
tirlo, consistiendo solo en la gran mobili-

dad de las fibras de mi cerebro: discurría con mas viveza que los demas, sobrándome tiempo para entregarme á la reflexion, que es en lo que ha consistido mi profundidad.

Mi imaginacion era demasiado activa para distraerse con las diversiones ordinarias de la juventud, y aunque no me extrañaba absolutamente de ellas, buscaba otras cosas de mayor interés. Esta disposicion me colocó en una especie de soledad en que no encontraba sino mis propios pensamientos, lo que me ha sido habitual en todas las situaciones de mi vida.

Me dediqué á resolver problemas y los buscaba en las matemáticas, pero siendo extremadamente limitado el órden material de ellas, bien pronto los encontré en mi mismo. Traté de sacarlos del órden moral, y este fue el trabajo que me produjo mejores efectos, haciéndose en mi una disposicion constante, á la que he debido los grandes progresos en política y guerra.

Destinado á las armas por mi cuna, me pusieron en las escuelas militares. Al principio de la Revolucion obtuve una Tenencia, y ningun título he recibido despues

*

4
que me haya causado mayor placer. El colmo de mi ambicion se limitaba entonces á llevar algun dia una charratera de canelones sobre cada uno de mis hombros, pareciéndome un Coronel de artillería el *Non plus ultra* de la grandeza humana.

Era muy jóven en aquel tiempo para tomar interés en materias políticas. Aun no tenia opinion del hombre en masa , y por eso , ni me sorprendia , ni atemorizaba el desórden que reinaba en aquella época , no pudiéndola comparar con otra alguna. Me acomodaba con lo que veía, y era fácil á las impresiones. Me destinaron al Ejército de los Alpes , que nada hacia de cuanto debe hacer un Ejército, puesto que desconocia la disciplina y la guerra ; por consiguiente no podia encontrarme en peor escuela. Es cierto que no teniamos enemigos que combatir y que no era otro nuestro encargo que impedir á los Piamonteses el paso de los Alpes; cosa demasiado sencilla.

La anarquía reinaba en nuestro campamento : el Soldado no tenia respeto alguno al Oficial : el Oficial tampoco se lo tenia al General : estos cada dia eran de-

5
puestos á merced de los Representantes del pueblo, y el ejército no concedia sino á los últimos la idea del poder, que es, entre todas, la mas fuerte sobre el juicio humano. Conocí desde luego el peligro de la influencia civil sobre el militar, y supe precaverme de él.

No se debia al talento, sino á la charlatanería, la adquisicion de crédito en el ejército, dependiendo todo de este favor popular que se obtiene á voces; y como jamas mis sentimientos han sido comunes con los de la multitud, que son los que producen la elocuencia de las calles; ni he tenido el talento de conmover al pueblo, nada suponía en dicho ejército, y tenia mas tiempo para entretenerme en mis reflexiones.

Estudiaba el arte de la guerra sobre el terreno, y no sobre el mapa. La primera vez que me hallé en accion fue en una escaramuza de fusileros al lado del monte Ginebra. Las balas fueron pocas, y mal dirigidas, no causando en los nuestros otro daño que el de algunos heridos. Esta accion no me causó novedad, porque examinándola atentamente, conocí que era des-

preciable , infiriendo que por ninguno de ámbos partidos hubo intencion de sacar resultado de aquel tirotéo , practicado solo por cumplir con el uso de la guerra.

Me desagradó la nulidad de este objeto , y chocándome la resistencia , reconocí el terreno , tomé el fusil de un herido , y persuadí al capitan que nos mandaba sostuviese el fuego , ínterin yo iba á cortar la retirada á los Piamonteses. Pareciome facil ganar una altura que dominaba su posicion , atravesando un pequeño bosque sobre que se apoyaba nuestra izquierda. El capitan hizo ganar terreno á su tropa , obligando al enemigo á recular sobre nosotros , en cuyo momento , descubriendo la mia , le causamos mucha molestia en la retirada , matándole algunos hombres y haciéndole 20 prisioneros.

He referido mi primer hecho de armas , no para deducir que me valiese el grado de capitan , sino para dar á entender que me inició en los secretos de la guerra , conociendo desde aquel momento que era mas facil que lo que yo creia el batir al enemigo , y que este grande arte consistia en no titubear en la accion , y

7

sobre todo, en no emprender sino movimientos decisivos, pues de este modo se conduce mejor al soldado.

Habiendo salido tan bien de esta primera empresa me creí un hombre experimentado, y desde entonces encontré mas atractivos en un ejercicio que tan buenos resultados me ofrecia. Hubiera querido al mismo tiempo estudiar el arte de la guerra en los libros, pero carecia de ellos. Procuraba recordar lo poco que habia leído en la historia, y comparaba su relato con el cuadro que se me presentaba á la vista, haciéndome una teoria de la guerra que el tiempo ha desembuelto, y jamas desmentido.

Llevé esta vida insignificante hasta el sitio de Tolon, en el que siendo ya gefe de Batallon podia, como tal, tener alguna influencia sobre su resultado.

Jamas hubo ejército peor dirigido que el nuestro: no se sabia quien lo mandaba: los Generales no se atrevian á hacerlo por temor de los Representantes del pueblo, y éstos lo tenían todavía mayor á la Comision de salud pública: los Comisarios andaban al pillage, los oficiales se embriagaban y los

soldados se morían de hambre ; pero se hacían indiferentes á todo , y conservaban su intrepidez. Aquel desorden los ponía en el caso de tener mas valor que disciplina , y esta experiencia me convenció de que los ejércitos mecánicos nada valen , como ellos mismos lo han acreditado. Todo se hacía en el campo por mociones y por aclamacion , y aunque este modo de deliberar era para mí insoportable , no pudiendo impedirlo , caminaba sin detencion á mi propósito.

Quizá era yo solo en el ejército quien se proponía un objeto , pero no tenía otro placer que el llevarlo en todas mis acciones. Me ocupaba en examinar la posicion del enemigo y la nuestra ; comparaba los recursos morales de ámbos partidos y conocí que los teníamos todos , y los contrarios ninguno ; siendo su expedicion el fruto de un miserable cálculo , cuya catástrofe debió él mismo conjeturar , sin necesidad de otra prueba de debilidad que la prevision anticipada de su derrota.

Yo buscaba los mejores puntos de ataque ; calculaba el alcance de nuestras baterías , é indicaba las posiciones que de-

bían ocupar: los oficiales experimentados en la guerra las creían peligrosas; pero yo estaba convencido de que no es la experiencia la que gana las batallas: me obstiné en mi plan y lo presenté á Barrás que lo aprobó, porque queria acabar de una vez, y porque la Convencion no le pedia cuenta de los muertos y heridos, sino de los resultados.

Mis artilleros eran valientes y sin experiencia, que es la mejor disposicion del soldado: nuestros ataques surtieron buen efecto, intimidando al enemigo que nada se atrevió á intentar contra nosotros: nos disparaba sin conocimiento algunas balas que cayendo indeterminadamente no nos hacian daño alguno, y por el contrario mis fuegos eran mejor dirigidos, poniendo yo al efecto todo el zelo posible, porque del resultado esperaba mis adelantos, y porque me interesaba el buen suceso, solo por la gloria de tenerlo. Pasaba el tiempo en las baterias y dormia en sus espaldones, persuadido de que nada se hace mejor, que lo que se executa por uno mismo. Los prisioneros que haciamos nos informaban de que en Tolon todo estaba en desórden,

10

y al fin los enemigos abandonaron la plaza de una manera espantosa.

Habíamos contraído méritos en favor de la Patria, por cuya razon me hicieron General de Brigada, y casi á un tiempo fui empleado, denunciado, depuesto y hecho el juguete de las intrigas y de las facciones, hijas de la anarquia que detestaba, y que entonces se hallaba en el mas alto grado. Este gobierno asesino era tan contrario á mi carácter, como absurdo y destructor: era una revolucion perpetua en que ni aun los que la dirigian podian establecerse de un modo permanente.

Viéndome General sin destino, me dirigí á París, donde únicamente podia obtenerlo, y me hice del partido de Barrás, única persona á quien conocia. Robespierre habia muerto, y hallándose Barrás en conceptō, era preciso que me uniese á quien tenia valimiento.

Se preparaba la empresa de las secciones en lo que yo no tomaba particular interés, porque llamaban ménos mi atencion los negocios políticos que los de la guerra, y no pensaba en tener influxo en aquellos; pero Barrás me propuso que

mandase, bajo sus órdenes, la fuerza armada contra los revoltosos, y no pude ménos de aceptar la comision, prefiriendo ponerme á la cabeza de las tropas en calidad de General, antes que tomar partido en las secciones.

Solo contabamos con un puñado de hombres y cuatro piezas de artillería para guardar la Sala de Gobierno, y habiéndose propuesto (por su desgracia) atacarnos una columna de seccionarios, mandé hacer fuego sobre ellos, poniéndolos en fuga y persiguiéndolos hasta entrarse por las gradas de san Roque, á las que no pudo pasar (por razon de la estrechez de la calle) sino una pieza de artilleria con la cual se continuó el fuego, dispersando aquella turba, de la que murieron algunos, quedando todo terminado en ménos de diez minutos.

Este acontecimiento, aunque pequeño, tuvo grandes consecuencias, pues impidió que la revolucion retrogradase y me puso en el caso de hacerme de su partido, respecto á que ya me habia batido por ella: principié á calcularla y me convencí que triunfaria porque tenia en su

favor la opinion, el número y la intrepidez.

Aquella empresa me elevó al grado de General de Division, y me dió cierta consideracion popular; pero como el partido vencedor no se creia seguro, aun despues de la victoria, me obligó á permanecer en París á mi pesar, pues la ambicion me inclinaba á hacer la guerra en mi nuevo grado.

A su consecuencia subsistí en París sin relaciones, y sin introducion en otra sociedad que la de Barrás, donde era bien recibido y donde por primera vez conocí á mi esposa, que ha tenido gran influencia en los acontecimientos de mi vida, y cuya memoria me será siempre agradable.

Yo no era insensible á las gracias del bello sexo; pero no habia hasta entonces recibido sus alhagos y era tímido por carácter. Madama de Bearne fué la primera que me inspiró confianza, dando principio por dirigirme expresiones interesantes sobre mis conocimientos militares un dia que me hallaba á su lado. Este elogio me embriagó en términos que, siguiéndola por todas partes, me declaré su aposiona-

do; pero ántes de manifestárselo ya toda la sociedad se habia penetrado de ello.

Mi pasion se divulgó, Barrás me habló de ella y yo no tuve motivos de negarsela: «en este caso (me dijo) es necesario que os caseis con Madama de Bearne: teneis graduacion y talentos; pero sois solo, sin relacion y sin bienes y nada hay mas racional: madama de Bearne es agradable y despejada; pero es viuda, en cuyo estado no tienen mérito las mugeres, siendo necesario que se casen para ser apreciables: teneis representacion y hareis carrera, y por consecuencia le sois un partido conveniente: ¿Quereis que me encargue de esta negociacion?»

Esperé con ansia el resultado, que me fué favorable: Madama de Bearne me concedió su mano, y si he tenido momentos de felicidad en mi vida, á ella se los he debido. Despues de mi matrimonio variaron mis circunstancias.

Bajo el mando del Directório se habia restablecido un nuevo método de órden social, en el que yo ocupaba un destino bastante elevado, y por lo tanto tenia una legítima ambicion para aspirar á

todo; sin embargo no aspiraba á otra cosa, que á obtener un mando en Gefe, por que nada es el hombre sino se halla revestido de consideracion militar: me creía seguro de hacer la mia porque me conocia instinto guerrero; pero me encontraba sin derecho para solicitarlo: era necesario adquirirlo, y en aquel tiempo no era difícil.

El ejército de Italia se miraba con desprecio, porque á nada se le destinó, y me propuse ponerle en movimiento para atacar al Austria por el punto en que se creía mas segura: esto es por la misma Italia.

El Directorio se hallaba en paz con la Prusia y la España; pero el Austria, pagada por la Inglaterra, fortificaba su milicia y nos hacia frente por el Rhin. Nosotros debiamos hacer una diversion por Italia para debilitar al Austria; para dar una leccion á los pequeños Príncipes que se habian ligado contra nosotros, y para dar por último á la guerra un carácter decidido que hasta entonces no tenia.

El plan era tan sencillo y de tanta

conveniencia al Directorio (que necesitaba de buenos sucesos para lograr reputacion) que me di prisa á presentarselo, temiendo que otro se me anticipase: no experimentó contradiccion, y fui nombrado General en Gefe del ejército de Italia. Partí á tomar el mando y hallé que, con algunos socorros recibidos de España, tenia una fuerza de cincuenta mil hombres desprovistos de todo, ménos de buena decision que traté de poner á prueba. Pocos dias despues de mi llegada, á principios de abril de 1796, ordené un movimiento general sobre toda la línea que se extendia desde Niza hasta Savona.

Invadimos en tres dias todos los puestos Austro-Sardos que defendian las alturas de la Liguria, y el enemigo, que habia sido atacado de improviso, se reunió y lo batimos en Montenolle donde lo encontramos el dia 10: el 14 lo atacamos en Millesimo batiéndolo de nuevo y separando á los austriacos de los piemonteses, que tomaron posicion en Mondovi, en tanto que aquellos se retiraban sobre el Pó para cubrir la Lombardia.

En seguida batí á los Piamonteses , y en otros tres dias me apoderé de todas las posesiones del Piamonte , hallándome á nueve leguas de Turin cuando remitieron un Ayudante de campo para pedirme la paz. Por la primera vez me consideré , no ya como un simple General , sino como un hombre llamado para tener influencia en el destino de los pueblos : como un héroe de historia.

La paz trastornaba mis planes que no se limitaban á hacer la guerra en Italia , sino que eran dirigidos á conquistarla : conocia que dando estension al terreno de la revolucion , daba tambien una base mas sólida á su edificio , siendo el medio mejor de asegurar su resultado.

La córte del Piamonte nos habia cedido todas sus plazas fuertes y entregado su pais , siendo por consecuencia dueño de los Alpes y de los Apeninos , y estando asegurados de nuestros puntos de apoyo , y tranquilos sobre nuestra retirada : En tan bella posicion me dirigí á atacar á los austriacos. Pasé el Pó en Plasencia y el Adda en Lodi , lo que no dejó de costarnos alguna dificultad ; pero habiéndose

retirado Beaulieu entré en Milan. Los Austriacos hicieron increíbles esfuerzos por reconquistar á Italia y tuve que deshacer sus exércitos cinco veces para quitarles toda esperanza.

Dueño de Italia era preciso establecer en ella el sistema de la revolucion para unir este Pais á la Francia por principios é intereses comunes : quiere decir , era indispensable destruir el antiguo régimen para establecer la igualdad, piedra fundamental de la revolucion. Para conseguirlo tenia que luchar con el Clero, la Nobleza, todos sus parciales , y cuantos dependian de ellos , y previendo la resistencia que me opondrian, determiné vencerlos con la autoridad de las armas , sin conmover al pueblo.

Era preciso identificar mi autoridad y mi language con las grandes acciones que habia hecho ; y como la revolucion desterró de entre nosotros toda especie de dignidad , no podia restituir á la Francia su grandeza, pero al menos le dí el esplendor de las victorias , y el idioma del poder.

Quise ser el protector , y no el conquistador de Italia, y lo conseguí man-

teniendo la disciplina en el ejército, castigando severamente á los revoltosos, y sobre todo, instituyendo la república Cesalpina. Por medio de esta institucion satisfice el voto, pronunciado por los Italianos, de ser independientes, y les hice concebir grandes esperanzas, cuya realizacion dependia de que ellos se uniesen á nuestra causa, grangeando de este modo aliados á la Francia; y haciendo esta alianza duradera entre ámbos pueblos, porque estaba fundada en servicios é intereses comunes, y porque sus opiniones y objeto eran unos mismos, sin cuya circunstancia habrian conservado su antigua enemistad.

Asegurado por lo respectivo á Italia, nada tenia que temer de introducirme al interior del Austria. Llegué á la vista de Viena, y firmé el tratado de Campo Formio, tan glorioso para la Francia.

El partido que yo favorecí el 18 fructidor, (4 de Setiembre) habia quedado dominando la República. Lo favorecí porque era el mio, y porque era el único que podia sostener la revolucion, pero á proporcion que me ingeria en ella, me convencencia de ser indispensable llevarla á

perfeccion, como fruto del siglo y de las opiniones, porque todo lo que entorpeciese su marcha solo servia de prolongar la crisis.

La paz estaba ya hecha en el continente, y permanecian las hostilidades con Inglaterra, pero hostilidades que nos constituian en inaccion por falta de campo de batalla. Yo conocia hasta la evidencia mis recursos, pero no tenia donde emplearlos, y cierto, de que para llamar la atencion era indispensable emprender cosas extraordinarias (porque los hombres se pagan de lo maravilloso) determiné la expedicion de Egipto, que aunque se ha querido atribuir á profundas combinaciones de parte mia, no tuve otra que la de no permanecer ocioso despues de la paz que acababa de concluir.

Esta expedicion debia dar al universo una gran idea del poder de la Francia, y llamar la atencion sobre el Gefe que la intentaba; debia sorprender á la Europa resolucion tan animosa, y eran mas que suficientes motivos para llevarla á efecto, aunque yo no tenia el menor deseo de destronar al Gran Turco, ni de

*

hacerme Baxá. Preparé la partida con un profundo sigilo , cual era necesario á su buen éxito , y á dar un carácter singular á la expedicion.

Habiéndonos hecho á la vela me pareció oportuno destruir de paso la caballería de Malta , dedicada al servicio de los Ingleses , por temor de que algunos restos de su antigua gloria la estimulasen á presentarnos oposicion y causarnos retraso , pero por fortuna se rindieron con mas ignominia que yo me habia prometido.

La batalla de Aboukir destruyó nuestra escuadra , dejando dueños de los mares á los Ingleses , desde cuyo momento pronostiqué que la expedicion terminaria en una catástrofe , porque todo ejército que no se refuerza , acaba por capitular tarde ó temprano , pero era indispensable mantenerme en Egipto , puesto que no podia salir de alli , y aún me produjo fruto el hacer de la necesidad virtud.

Me encontraba con un buen ejército: era necesario ocuparlo , y sin otro motivo conquisté el Egipto , abriendo á las ciencias el mas bello campo que jamas habian disfrutado. Los Soldados estaban algo sor-

prendidos de hallarse en el patrimonio de Sesostris , pero sacaron partido de esto mismo , porque los divertia la extrañeza de ver un frances enmedio de aquellas ruinas.

Nada tenia ya que hacer en Egipto , y me pareció curioso intentar la conquista de Palestina , cuya expedicion era seductiva por lo que le encontraba de fabuloso , pero mal instruido de los obstáculos que se opondrian , llevé poca tropa. Situado al otro lado del desierto supe que se habian reunido fuerzas en San Juan de Acre , y no pudiendo despreciarlas , me dirigí á ellas. Conocí por la resistencia que se hizo en la plaza , que estaba defendida por un Ingeniero Frances , y me ví comprometido á levantar el sitio , haciendo una retirada penosa. Luché por la primera vez con los elementos , pero logré no ser vencido.

De vuelta á Egipto recibí (por la via de Tunez) diarios que me hicieron conocer el deplorable estado de la Francia ; el envilecimiento del Directorio , y los progresos de la Coalicion. Creí ser útil segunda vez á mi pais. Nada me detenia en

Egipto, cuya empresa habia terminado; y considerando suficiente cualquier General para formar una capitulacion, que el tiempo haria inevitable, partí sin mas intencion que la de ponerme otra vez á la cabeza de los exércitos y conducirlos á la victoria. Desembarqué en Frejus, y mi presencia excitó el entusiasmo popular. Mi gloria militar aseguraba á todos los que temian ser batidos, y como por donde quiera que pasaba se agolpaban los pueblos, dando á mi viage un verdadero carácter de triunfo, comprendí desde mi llegada á París, que lo podia todo en Francia. La debilidad del gobierno la habia conducido á los bordes del precipicio, y la hallé en anarquía. Todos se apresuraban á salvar la patria, proponiendo al efecto planes que me confiaban, considerándome como el punto de apoyo de las conspiraciones. No habia un hombre al frente de aquellos proyectos que fuese capaz de manejarlos, y contaban conmigo porque necesitaban una espada. Yo no contaba con nadie, y estaba en libertad de seguir el plan que mejor me conviniese.

La fortuna me conducia á la cabeza

del Estado , iba á encontrarme árbitro de la revolucion porque no queria ser su gefe : esta investidura no me convenia. Llamado á preparar la suerte futura de la Francia y acaso la del mundo , ántes de hacer la guerra tenia por indispensable el establecer la paz , apagar las facciones, y poner los cimientos á mi autoridad, siendo necesario dar movimiento á esta gran máquina que se llama gobierno. Conocia el peso de la resistencia que á ello se oponia , y hubiera preferido el simple ejercicio de la guerra , porque apreciaba la autoridad de un cuartel general , y la agitacion de un campo de batalla. Veía por último en mi, mas disposicion para llevar á colmo la influencia militar de la Francia , que para gobernarla ; pero me hallaba indeciso sobre el partido que deberia abrazar , conociendo que la dominacion del Directorio tocaba á su fin ; que era preciso sustituirle una autoridad respetable para salvar el estado , y que ninguna hay que lo sea tanto como la militar : que al Directorio no podia reemplazarlo sino yo , ó la anarquía , y que siendo la eleccion de la Francia bien poco du-

do sa , la opinion pública confirmaba la mia. Propuse que substituyese al Directorio un Consulado (tan lejos estaba entonces de concebir la idea de un poder soberano.) Los Republicanos fueron de parecer que se eligiesen dos Cónsules, y yo pedí que fuesen tres, porque no queria tener competidor, y me pertenecia de derecho el primer lugar en aquel terceto, que era todo lo que apetecia.

Los Republicanos desconfiaron de mi propuesta, porque entrevieron un principio de dictadura en este triunvirato, y se coligaron contra mi. Ni aun la concurrencia de Sieyes les daba seguridad: este se hallaba encargado de formar una Constitucion, pero los Jacobinos tenian mas temor á mi espada, que confianza en la pluma de su viejo Abate.

Todos los partidos se redugeron entonces á dos bandos; en el uno se encontraban los Republicanos, opuestos á mi elevacion, y en el otro estaba toda la Francia que la pedia; siendo inevitable en aquella época porque la mayoria lleva siempre consigo el triunfo. Los primeros habian establecido su cuartel general en el Con-

mejo de los 500 , donde hicieron una buena defensa , y fue necesario ganar la batalla de St. Cloud para dar fin á esta revolucion, en la que hubo momento que creí se hiciese por aclamacion.

El voto comun acababa de darme la primera dignidad del Estado , y la resistencia que se habia opuesto no me causaba inquietud , porque procedia de gente contra quien obraba la opinion. Los Realistas no habian tomado parte , acomodándose con las circunstancias, y la masa de la Nacion tenia en mi su confianza , porque estaba cierta de que la revolucion no podia tener mejor garante. Yo carecia de fuerza , sino me colocaba á la cabeza de sus intereses , pues si la hacian retrogradar , me hubiera encontrado en la situacion de los Borbones.

Todo debia ser nuevo en la naturaleza de mi poder , con objeto á alimentar la ambicion general , pero este poder tenia el defecto de no hallarse clasificado. Por la Constitucion no era yo otra cosa que el primer Magistrado de la República , pero un Magistrado que, en lugar de baston, tenia espada por divisa de su autoridad.

Mis derechos Constitucionales eran incompatibles con el ascendiente de mi carácter y acciones: el pueblo lo conocia como yo, y no pudiendo permanecer aquel estado de cosas, cada uno tomaba sus medidas.

Rodeado de mas cortesanos que los que necesitaba, no tomaba interes en mi engrandecimiento al paso que lo tenia y mucho, en la situacion material de la Francia. Nosotros nos habiamos dejado batir: el Austria habia reconquistado la Italia, y destruido mi obra: no teniamos ejército para tomar la ofensiva: no habia un sueldo en las caxas del Estado, ni medio alguno de proveerlas: la conscripcion se executaba á placer de los Corregidores: Sieyes nos habia hecho una Constitucion apatica, é insignificante que á todo ponia trabas: cuanto constituye la fuerza de un Estado se hallaba aniquilado, y solo existia lo que causaba su debilidad: obligado por mi posicion creí deber pedir la paz. La podia pedir de buena fe, porque entonces era para mi una fortuna, y mas tarde hubiera sido una ignominia.

M. Pitt la reusó, cometiendo la falta

mas grosera en que jamas ha incurrido hombre de Estado ; perdió el único momento en que los aliados hubieran podido concluir la con seguridad , pues en el hecho de pedirla la Francia se reconocia vencida , y los pueblos se ponian á cubierto de todos los reveses , menos del de consentir su oprobrio. M. Pitt la reusó , y con este procedimiento me escusó un error imperdonable , é hizo estensivo el Imperio de la revolucion en toda la Europa. Imperio que ni aun mi caida ha llegado á destruir. Si él hubiera querido entonces abandonar la Francia á sí misma , la hubiera reducido á sus límites.

Me fue necesario hacer la guerra: Massena se defendia en Génova , pero los Exércitos de la República no se atrevian á repasar el Rhin , ni los Alpes : era necesario entrar en Italia y en Alemania para dictar segunda vez la paz al Austria : tal era mi plan ; pero no tenia soldados , cañones , ni fusiles. Llamé los Conscriptos ; hice fabricar armas ; desperté el sentimiento de honor Nacional ; (que entre los Franceses no ha hecho jamas otra cosa que adormecerse ;) y junté un ejército, la

mitad de él con vestidos de paisanos ; la Europa se reía de mis soldados, pero pagó bien caro aquel momento de placer.

Sin embargo, no pudiéndose emprender abiertamente una campaña con semejante ejército, era necesario á lo ménos atemorizar al enemigo y aprovechar de su sorpresa. El General Suchet lo atraía hácia las gargantas del Niza. Massena prolongaba de dia en dia la defensa de Génova, y yo partí abanzando hácia los Alpes. Mi presencia y el tamaño de la empresa, reanimó á los soldados: ellos estaban descalzos, pero no habia uno que no quisiese ser el primero.

En ningun tiempo de mi vida he probado sensacion igual á la que tuve al penetrar en las gargantas de los Alpes: los ecos repetian los gritos del ejército y me anunciaban una victoria, aunque incierta, muy probable: volvia á ver la Italia teatro de mis primeras empresas: mis cañones trepaban lentamente por aquellas rocas: mis primeros granaderos alcanzaron, al fin, la cima de san Bernardo, y arrojando al ayre sus sombreros guarnecidos de roxas plumas, dieron innumera-

bles gritos de alegría: se nos franquearon los Alpes, y bajamos precipitados como un torrente.

El General Lannes que mandaba la vanguardia, marchó á tomar á Ivrée, Verceil y Pavia, asegurando el paso del Pó que hizo el ejército sin obstáculo. Soldados y Generales eramos todos jóvenes y tratábamos de hacer fortuna: despreciábamos las fatigas y los riesgos, y á nada dábamos importancia sino á la gloria, que no se adquiere mas que en los campos de batalla.

Al ruido de mi llegada los Austriacos maniobraron sobre Alexandría, y amontonados en esta plaza, en el momento en que yo aparecí al frente de las murallas, sus columnas se desplegaron delante de la Bormída. Las hice atacar: su artillería era superior á la mia, y quebrantó nuestrós batallones, haciéndoles perder terreno: la línea la conservaban solo dos batallones de la Guardia y la 45.^{me} pero yo esperaba cuerpos que marchaban en escalones: llegó en efecto la division de Dessaix y se reunió toda la línea. Dessaix formó su columna de

ataque y tomó á Marengo, donde se apoyaba el centro del enemigo, habiendo sido muerto este gran General en el momento en que decidia una inmortal victoria.

El enemigo se acogió bajo las murallas de Alexandría. Los puentes eran demasiado estrechos para pasarlos, y esto causó un horrible desórden: tomamos mucha artillería y batallones enteros. Rechazados los Austriacos á la parte de allá del Tánaro; sin comunicacion, sin retirada, amenazándolos por la espalda Massena y Suchet; y teniendo á su frente un ejército victorioso, recibieron la ley. Mélas imploró capitulacion, y la que se le concedió no tiene exemplo en los fastos de la guerra: toda la Italia me fué restituida y el ejército vencido vino á rendir sus armas á los pies de nuestros conscriptos.

Aquel dia fué el mas bello de toda mi vida, porque fué uno de los mas gloriosos para la Francia: todo habia cambiado en su favor: iba á gozar de una paz que habia conquistado: iba á disfrutar el sueño del Leon; iba á ser dichosa por su grandeza. Las facciones debian extinguirse, porque la brillantez de

los sucesos las sofocaba : el Vandée se tranquilizaba : los Jacobinos se veian precisados á felicitar-me en la victoria , porque cedia en su provecho ; y desaparecieron todos mis rivales.

El riesgo comun y el entusiasmo público , habian reunido por un momento los partidos , y la seguridad los dividió ; y como donde no hay un centro de poder irresistible , se encuentran hombres que esperan apropiarselo , sucedió esto con el mio. Mi autoridad no era otra cosa que una Magistratura temporal, y por consiguiente destructible : los que tenian vanidad y se creian con talentos me declararon la guerra , escogiendo el Tribunado por su plaza de armas , desde donde me atacaban bajo el nombre de poder ejecutivo. Si yo hubiera cedido á sus declamaciones habria venido á tierra el Estado , que se hallaba con demasiados enemigos para dividir sus fuerzas y perder el tiempo en palabras : se acababa de sufrir una fuerte prueba, que aún no habia sido suficiente para imponer silencio á los hombres que prefieren los intereses de su orgullo á los de la Patria ; pues se

habian empeñado en hacerse partido popular reusando las imposiciones, desacreditando el gobierno, obstruyendo sus determinaciones, é impidiendo la recluta de tropas.

A este paso en quince dias hubieramos sido presa del enemigo, pues no teniamos fuerzas que oponerle: mi poder estaba poco afianzado para ser invulnerable, y el Consulado iba á acabar como el Directório, si yo no hubiera destruido aquella oposicion por un golpe de Estado. Depuse á los Tribunos facciosos, á lo cual se dió el título de *eliminar*, y fue palabra que tuvo buena suerte.

Este pequeño acontecimiento (que hoy seguramente está olvidado) mudó el sistema de la Francia porque me obligó á romper con la República, que no debia considerarse existente desde el momento que la representacion nacional dejó de ser inviolable. Semejante trastorno se hacia preciso, atendida la situacion de la Francia en sí misma, y respecto á la Europa. La revolucion tenia interior y exteriormente enemigos demasiado enfurecidos que la obligaban á tomar una forma Dic-

tatoria como lo hicieron todas las Repúblicas en los momentos de riesgo, y no siendo bueno sino en tiempo de paz, el equilibrio en las autoridades, cada vez que corria riesgo la mia era preciso robustecerla para precaver las recaidas: quizá hubiera hecho mejor en abrogarme la Dictadura ya que se me tachaba de aspirar á ella: cada cual habria hecho su juicio sobre lo que se llamaba mi ambicion, y sin duda hubiera sido útil, porque la imaginacion representa á los monstruos, mayores de léjos que de cerca: la Dictadura ofrecia la ventaja de impedir presagios futuros, de fixar la opinion y de intimidar al enemigo, haciéndole conocer la resolucion de la Francia; pero yo no tenia necesidad de recibir esta autoridad de oficio, porque conocia que por sí misma venia á depositarse en mis manos, y que la egercia de hecho, sino de derecho, siendo suficiente para pasar la crisis y salvar la Francia y la revolucion.

Mi deber me impelia á terminar esta revolucion, dándole un carácter legal para que fuese reconocida y legitimada por el derecho público de la Europa. Todas las

revoluciones han pasado por los mismos trámites, y la nuestra no podía disfrutar excepcion, sino que por el contrario debía á su tiempo entrar en alternativa. Sabia que antes de proponerlo debía fijar los principios, consolidar la legislacion y destruir sus excesos: me creia bastante para lograrlo, y no me engaÑé.

La revolucion tenia por obgeto la extincion de clases, ó lo que es lo mismo la igualdad, y yo la respeté: la legislacion debía arreglar sus principios, y yo establecí Leyes en este concepto: los excesos se manifestaban en las facciones, yo los desprecié y desaparecieron: se mostraban tambien en la destruccion del culto, yo lo restablecí: en mantenerse emigrados los que lo estaban, yo les concedí amnistia: en el desórden general de la Administracion pública, yo la arreglé: en la ruina de la Hacienda Nacional, yo la restauré: en la falta de una autoridad capaz de contener á la Francia, yo le di esta autoridad, tomándõ las riendas del Estado.

Pocos hombres han hecho tanto, como yo hice entonces, en tan poco tiempo. Algun dia referirá la historia lo que era la

Francia á mi advenimiento , y lo que era cuando dió la Ley á la Europa.

No tuve necesidad de emplear un poder arbitrario para llenar tan extraordinarios obgetos. Tal vez hubiera encontrado oposicion en exercitarlo , pero nunca lo quise , porque he detestado la arbitrariedad en un todo, como amante del órden y de las Leyes. Establecí muchas , y las establecí severas y precisas, pero justas, porque la Ley que no conoce ecepcion no puede menos de serlo. Las hice observar rigurosamente , porque era el deber del Trono, pero las respeté : ellas me sobrevivirán: esta es la recompensa de mis tareas.

Todo parecia caminar á medida del deseo : el Estado renacia ; el órden se reformaba ; yo me ocupaba con ardor en conseguirlo , pero conocia que faltaba una cosa á todo el sistema y era darle solidez.

Cualquiera que fuese mi deseo de consolidar la revolucion advertia claramente que era necesario vencer grandes obstáculos para fijarla , porque habia contradiccion entre el antiguo y el nuevo régimen: estos formaban dos grandes partidos , cuyos intereses obraban en sentido inverso,

*

y siendo precario todo gobierno que subsiste en conformidad del antiguo derecho público, porque pugna con los principios de la revolución, aquel no podía escusarse de este riesgo, sino de acuerdo con el enemigo ó destruyéndolo, si se oponia á reconocerlo.

Esta lucha debia decidir en el último de los dos extremos, la renovacion del orden social de la Europa: me hallaba á la cabeza de la faccion que queria aniquilar el sistema seguido en el mundo desde la caida de los Romanos, y por esta razon era el blanco del ódio de cuantos tenían interes en conservar las costumbres góticas. Un carácter menos decidido que el mio hubiera podido vacilar, dejando al tiempo resolver una parte de esta cuestion, pero luego que penetré el fondo de estas dos facciones, desde que vi que ellas dividian el globo como en tiempo de la reforma, conocí que no era posible convenirlas, porque sus intereses rozaban entre sí: comprendi que el abreviar la crisis era facilitar la conformidad de los pueblos con ella, y que era necesario tener á nuestro favor mas de la mitad de la Europa, para

que la balanza se nos inclinase. Yo no podía lograrlo sino por la ley del mar fuerte, que es la sola que tiene influxo en los pueblos, y por consiguiente, era de rigorosa necesidad que yo poseyese esta fuerza, estando encargado, no solo del gobierno de la Francia, sino de someter á ella el mundo entero, pues de lo contrario el mundo la hubiera aniquilado.

Jamas he tenido eleccion en los partidos: siempre me he dejado conducir de los acontecimientos, porque siempre ha sido grave el riesgo, y el día 31 de Marzo ha dado pruebas del extremo hasta donde debe temerse, y la invencible dificultad de convinar el antiguo con el nuevo régimen.

Fácilmente preveia que ínterin hubiese pariedad de fuerzas en ambos sistemas, tendrían entre sí guerra pública ó secreta: la paz que ellos acordasen no sería sino pausa para tomar nuevo aliento, y la Francia como cabeza de la revolucion debía adoptar medidas para resistir la tempestad; por consecuencia debía tener unidad en su gobierno para ser poderosa; union en la Nacion, para que todos sus medios se dirigiesen á un mismo obgeto, y con-

fianza en el pueblo, para que consintiese los sacrificios indispensables que asegurasen su conquista; pero todo era preciso en el sistema del Consulado, porque nada ocupaba su verdadero lugar. Existía una República en el nombre; una Soberanía de hecho; una representación Nacional débil; un poder ejecutivo eficaz; autoridades sometidas, y un ejército preponderante.

Nada camina con perfección en un sistema político cuando las palabras se hallan en oposición con los hechos: el gobierno se desacredita si continuamente hace uso de la mentira; cae en el menosprecio que inspira todo lo que es falso, porque lo que es falso es débil: no se puede llevar adelante la astucia en la política, porque los pueblos ven muy de lejos; los papeles públicos dicen demasiado, y no hay más secreto que el de ser fuerte para conducir el mundo, porque en la fuerza no hay ni error ni ilusión.

Yo conocía la debilidad de mi situación y la ridiculez de mi Consulado: era necesario establecer una base sólida que sirviese de punto de apoyo á la revolu-

cion , y al efecto me hice nombrar Cónsul perpetuo. Esta era una mera dominacion pasagera é insuficiente en sí misma , porque señalaba término en lo por venir , y nada ofende tanto á la confianza , como la prevision de un cambio ; pero era bastante para el momento en que se estableció.

Durante la tregua de Amiens aventuré una expedicion imprudente , que con razon ha merecido la crítica , porque nada valia en su esencia. Intenté recuperar á santo Domingo y tenia legítimos motivos para ello , pues los aliados aborrecian demasiado á la Francia , para que ella se atreviese á permanecer en inaccion durante la paz : era necesario que siempre fuese temible ; era preciso dar pábulo á la curiosidad de los ociosos , y mantener el ejército en constante movimiento para impedir se entorpeciese : por último , yo queria hacer un ensayo de la Marina. La expedicion fué mal conducida , segun ha sucedido con las demas empresas , á que yo no he asistido , pero el mal venia de otra parte , pues era facil comprender que el Ministerio Ingles se proponia romper la tregua , y si hubieramos recon-

quistado á santo Domingo , habria sido trabajar para ellos.

Cada dia tomaba aumento mi seguridad ; pero el acontecimiento del 3 Nivose (23 de Diciembre) me dió á conocer que estaba sobre un volcan : aquella conspiracion fue imprevista , y la única que la policia no pudo descubrir con tiempo : no tuvo confidentes , y por eso llegó á verificarse. Escapé de ella milagrosamente, pero los testimonios del afecto público que se me manifestó entonces, me recompensaron con exceso. Los conspiradores escogieron mala ocasion pues nada habia en Francia preparado en favor de los Borbones.

Se buscaron los culpables , y aseguro con toda verdad , que no acusaba sino á los *Brutus de Coin* (1) porque en tratándose de crímenes siempre estaba dispuesto á atribuírselos ; pero me admiré cuando

(1) En la época á que se refiere era conocido en Francia el rincon de la calla de San Nicasio , donde se reunian toda clase de malvados , y por eso sin duda atribuyó Napoleon á esta gente la execucion de la máquina infernal, llamandoles *Brutus* por el conocido asesino de Julio Cesar.

á consecuencia de las averiguaciones , se probó que era á los realistas , á quienes debian las gentes de la calle de San Nicasio el favor de haber volado (1).

Creia que los Realistas eran hombres de bien , porque nos acusaban de no serlo nosotros ; y sobre todo los tenia por incapaces de la audacia y maldad que suponía un proyecto de aquella clase ; por lo demas no tuvo intervencion en él , sino un corto número de ladrones. Esta especie ha sido ponderada , pero muy poco tomada en consideracion.

Los realistas , absolutamente olvidados desde la pacificion del Vandée , volvieron á aparecer en el Orizonte político , y esto era una consecuencia natural del acrecentamiento de mi autoridad ; pues haciendo yo renacer los derechos del Trono , era introducirme en agena heredad. Ellos no dudaban que mi monarquia no tenia semejanza con la suya. La mia consistia toda en el hecho , y la suya en el

(1) Es bien notorio que en la calle de San Nicasio fué donde estaba preparada la mina llamada máquina infernal á que dieron fuego despues de haber pasado el coche de Napoleon.



derecho. La de ellos se fundaba en la costumbre, y la mia prescindia de ella. Esta corria á par con el génio del siglo, y aquella aspiraba á sujetarlo.

Los republicanos se asombraban considerando la grandeza á que me elevaron las circunstancias, y desconfiaban del uso que yo iba á hacer de aquel poder. Temian que auxiliado de mi ejército les repusiese un trono del tiempo antiguo. Estas voces eran fomentadas por los realistas, que se divertian en presentarme como un imitador de los anteriores Monarcas. Otros realistas mas astutos esparcian sórdamente la especie de ser yo entusiasta del roll de Monk, (1) y que trataba de restablecer el poder para rendirlo en homenaje á los Borbones, cuando estuviese en estado de tributárselo.

Los de mediano talento, que no co-

(1) Jorge Monk, Duque de Albemarle, valiente General Ingles, célebre por haber restituido á su trono y reinos á Carlos II. Tambien conocido por autor de varios escritos militares y políticos. Nació en Potheridge, provincia de Devoushire, Inglaterra, en 1608, y murió en 1670.

nocian la estension de mi poder , daban crédito á estos rumores , haciendo valer el partido realista , y desacreditándome con el pueblo y el ejército , que ya empezaban á dudar de mi adhesion á su causa ; y la tendencia que estas opiniones tenían á desunirnos me obligaban á cortarlas. A toda costa era indispensable desengañar á la Francia , á los realistas y á la Europa , para que hiciesen de mí el debido concepto , y se convenciesen de que una persecucion individual contra los promovedores no causa buen efecto, porque no ataca el mal en su raiz , ademas de que este medio se hacia impracticable en aquel siglo , en que el destierro de una muger conmovió toda la Francia.

Por mi desgracia ocurrió en este momento decisivo uno de aquellos golpes de casualidad que trastornan las mejores resoluciones. La policia descubrió ciertos manejos de los realistas , cuyo foco existia á la otra parte del Rhin , y en los que se hallaba implicada una testa coronada. Todas las circunstancias de este acontecimiento convenian de un modo increíble con las que me conducian á inten-

tar un golpe de Estado. Determiné la muerte del Duque de Enghein porque decidia la cuestion que agitaba á la Francia, y fixaba mi suerte.

Un hombre de gran talento ha dicho que aquel atentado fue mas bien que un crimen, un error, y sin que ofenda á este personage, digo que fue un crimen, y no un error, pues conozco bien el valor de las palabras. El delito de este desgraciado Príncipe estaba reducido á miserables intrigas con algunas viejas Baronesas de Strasbourg, pero se proponia objeto: estas intrigas fueron expiadas, y aunque no amenazaban la seguridad de la Francia, ni la mia, murió víctima de la política, y de un concurso inaudito de circunstancias. Su muerte no fue un error, porque todas las consecuencias que yo tenia previstas, se realizaron.

La guerra habia empezado de nuevo con Inglaterra, porque esta potencia no es posible que permanezca en paz por mucho tiempo. Su territorio es demasiado estrecho para su poblacion, y para subsistir necesita hacer monopolio en las cuatro partes del mundo, siendo solo la guerra

(1) 227 110 124

la que le proporciona el derecho de preponderar en los mares y su única salvaguardia.

Esta guerra se hacia con lentitud por falta de campo de batalla , y la Inglaterra se veia precisada á costearla en el Continente , pero aun no era tiempo. El Austria se hallaba tan escarmentada que los Ministros no se atrevian á proponerla desde luego, por mucho deseo que tuviesen de adquirir : la Prusia se enriquecia con mantenerse neutral : la Rusia habia hecho una fatal experiencia de ella en Suiza : la Italia y la España habian entrado poco en mi sistema , y á consecuencia de todo , el Continente se hallaba en inaccion.

A falta de otro mejor , emprendí el proyecto de desembarco en Inglaterra : jamas pensé en realizarlo porque hubiera sido un delirio ; no porque el material desembarco no fuese posible , sino porque no lo era la retirada. No hubo un Ingles que no se armase para salvar el honor de su pais , y si el ejército Frances hubiera sido abandonado á su placer , habria acabado por perecer , ó capitular. En Egipto pude hacer esta prueba , pero

en Lóndres era arriesgar mucho.

Como no me costaba nada amenazar, y no sabia que hacer con mis tropas, me era indiferente tenerlas en guarnicion sobre las costas, ó en otra parte, y aquel solo aparato obligó á la Inglaterra á ponerse sobre un pie de defensa ruinoso. A lo menos saqué esta ventaja.

En venganza se formó contra mi una conspiracion de la que puedo atribuir el honor á los Príncipes emigrados, porque era verdaderamente Real; habian puesto en movimiento un ejército de conspiradores, y esto fue bastante á que tuviesemos noticia de ella en 24 horas, tal era la diligencia de los confidentes. A pesar de que yo queria castigar á los que intentaban trastornar el estado (delito contra las Leyes divinas y humanas) me vi obligado para determinar su arresto, á esperar que se reuniesen contra ellos pruebas incontables.

Pichegrú se hallaba á la cabeza de esta conspiracion: este hombre, que tenia mas valor que talento, habia querido jugar el roll de Monk y caminaba á su ruina. El proyecto me inquietaba bien poco, porque

conocia su extension , y que no tenia de su parte la opinion pública. En aquella ocasion me hubieran asesinado los Realistas, sino hubiesen procedido tan aceleradamente , y hubiesen reflexionado que cada cosa tiene su tiempo.

Conocí bien pronto que Moreau tenia parte en aquella trama , y éste era un particular muy delicado , porque aquel disfrutaba de una popularidad colosal , y era preciso ganarlo. Tenia demasiada reputacion para que hiciesemos buena liga. No admitia combinacion el que yo lo fuese todo y él nada , y siendo necesario encontrar un medio honesto de separarnos , él lo proporcionó.

Se ha asegurado que yo estaba zeloso de su gloria. Lo estaba bien poco , pero él si mucho de mi , y con razon. Lo apreciaba porque era buen Militar. Tenia por amigos á todos los que no me amaban (que no eran pocos). Si él hubiese muerto lo hubieran constituido en héroe , y yo no queria hacerlo mas que lo que era , esto es , un hombre nulo. En efecto lo logré. La ausencia lo perdió , sus amigos lo olvidaron y no se han vuelto á acordar de él.

Los demas culpables exigian menos consideraciones: estos eran todos los habituados á las conspiraciones, y era necesario purgar de una vez á la Francia de esta clase de hombres, lo cual no se habia verificado antes, porque no habian vuelto á presentarse desde las primeras conmociones.

Me veia abrumado de solicitudes: todas las mugeres de Paris lloraban su viudez y los niños su horfandad: se pretendia el perdon general, y yo tuve la debilidad de destinar algunos culpables á las prisiones de Estado, en lugar de abandonarlos á la justicia.

Aun en el dia me reprehendo esta indulgencia; porque en un Soberano es siempre una debilidad culpable, siendo el único deber que tiene ácia el Estado el de hacer observar las Leyes: toda transacion que se hace con el crimen, es criminal de parte del Trono, y el derecho de hacer gracia jamas debe egercitarse con los culpables, debiendo reservarse para los casos desgraciados, que absuelve la conciencia, aunque la Ley los condene.

Se encontró á Pichegrú ahogado en su

cama , y aunque no tuve la menor parte en este hecho , no faltó quien digese que habia sido executado de orden mia. Aun no sé porque subtrage del merecido juicio á este criminal , supuesto que no valiendo mas que los otros , tenia un Tribunal para sentenciarlo , y soldados para pasarlo por los armas. No intervine en su muerte , porque nada he hecho inútil en mi vida.

En proporcion del riesgo que habia corrido creció mi autoridad. Nada habia preparado en Francia para una revolucion, antes por el contrario advertia en los procedimientos de los realistas , el camino que debia conducirla á la anarquía y á la guerra civil , males de que se queria preservar á toda costa , reuniéndose á mi para descansar al abrigo de mi espada en la que fundaba su garantía. El voto público (la historia no desmentirá esta asercion). El voto público me llamaba á reinar sobre la Francia.

No podia durar la forma Republicana , porque no se establecen Repúblicas de antiguas Monarquías. La Francia queria su grandeza , y para sostener el edificio de

ella era necesario exterminar las facciones, consolidar la obra de la revolucion, y fijar para siempre los límites del Estado; y como yo solo podia llenar estos objetos, la Francia queria que yo reinase en ella.

Yo no podia ser Rey, porque era un título envejecido que llevaba consigo ideas mal admitidas, por consecuencia mi título debia ser nuevo, como lo era la naturaleza de mi poder, y no siendo el heredero de los Borbones, era necesario ser mucho mas para sentarse sobre su Trono; en virtud de lo cual tomé el título de Emperador, porque era mas grande y menos limitado.

No se ha visto revolucion mas apacible que la que trastornó aquella República, por la que se habia derramado tanta sangre, y el motivo no fue otro que el haberse conservado el objeto, mudando solo la palabra; por esta razon los Republicanos no temieron el Imperio, ademas de que las revoluciones que no desarreglan los intereses comunes, siempre son pacíficas.

Terminada, en fin, la revolucion se hacia inalterable bajo una dinastia permanente, porque la República no habia satis-

hecho mas que las opiniones , y el Imperio garantia las opiniones y los intereses.

Estos intereses eran los de la mayoría, pues protegiendo las instituciones del Imperio la igualdad ; existia la Democracia de hecho y de derecho, restringiendo solo la libertad (que nada vale en tiempo de crisis) supuesto que solo la disfruta la alta clase , cuando por el contrario, la igualdad es extensiva á todas. Esta es la razon porque mi poder permaneci6 popular, aun en los reveses que han arruinado á la Francia.

Mi autoridad no descansaba, como las antiguas Monarquías , sobre las clases y cuerpos intermediarios. Era reciente y no tenia otro apoyo que ella misma , porque en el Imperio no habia otra cosa mas que la Nacion y yo , aunque en la Nacion todos eran igualmente llamados al desempeño de las funciones públicas ; á nadie servia de obstáculo su origen ; y todos influian directamente en el Estado, que es lo que constituyó mi poder.

No fue este un sistema inventado por mí , sino procedente de las ruinas de la Bastilla, como resultado de la civilizacion

*

y de las costumbres que el tiempo habia dado á la Europa, y en vano se trataria de destruirlo, porque lo sostendria la fuerza de los acontecimientos, y porque los hechos siempre se fijan donde se halla aquella; que no existia ya en la Nobleza desde que permitió á la tercera clase llevar las armas, y no quiso ser la única Milicia del Estado.

La fuerza no existia en el Clero, ni en la Nobleza, porque la Nobleza, ni el Clero se hallaban en estado de llenar sus funciones; esto es, de servir de apoyo al Trono. No estaba en las rutinas, ni en las preocupaciones; porque se habia hecho conocer á los pueblos que ya no habia ni preocupaciones ni rutina; mas hubo disolucion en el cuerpo social mucho tiempo antes de la revolucion, y no podia dejar de haber relacion entre las palabras y las cosas.

El destierro de las preocupaciones puso al descubierto el origen de los poderes que manifestaron su debilidad y fueron destruidos al primer ataque. Era indispensable rehacer la autoridad bajo otro plan que prescindiese del auxilio de las

hábitos y preocupaciones, y no habiéndosele transmitido derechos algunos, debía consistir solo en el hecho, ó lo que es lo mismo en la fuerza.

Yo no subí al Trono como un heredero de las antiguas dinastías, para sentarme en él bajo el prestigio de la ilusión, sino para afirmar las instituciones que el pueblo deseaba; para formar Leyes de acuerdo con las costumbres; para hacer la Francia formidable y mantener su independencia.

La ocasión no tardó en presentármese. La Inglaterra se hallaba fatigada por la permanencia de mis tropas en las fronteras, y quería á cualquier precio evitarla, buscando aliados en el Continente á costa de grandes sacrificios pecuniarios, que era el único medio de encontrarlos.

Las antiguas dinastías estaban asombradas de verme sobre el Trono, y por mas político que fuese el trato que manteníamos, conocían muy bien que yo no pertenecía á su rango, y que si reinaba era en virtud de un sistema que destruía el altar que el tiempo les habia consagrado. Yo solo, era una revolución. El Imperio los

amenazaba tanto como la República, y aun lo temian mas, porque era mas poderoso. En esta virtud su plan político era el atacarme lo mas pronto posible, antes que yo reuniese mis fuerzas; y los acontecimientos de la lucha que iba á presentarse llamaban toda mi atencion y debian ponerme de manifiesto la extension del ódio que me profesaban, dándome á conocer cuales de los Soberanos se decidian por temor al sistema del Imperio, y quienes preferirian morir á entrar en transacciones con él.

Esta lucha debia causar nuevas combinaciones políticas en la Europa, y yo debia sucumbir, ó ser el árbitro de ellas. Acababa de reunir el Piamonte á la Francia, porque era necesario que la Lombardia se agregase al Imperio. Este hecho fue censurado de ambicion, y sirviendo de señal al combate, se preparó el campo para darlo.

La batalla debia ser cruel pues los Austriacos preparaban todas sus fuerzas, y los Rusos estaban decididos á reunir las suyas. El jóven Alexandro acababa de subir al Trono, y como los niños apetecen siempre hacer lo contrario de lo que hi-

cieron sus padres, me declaró la guerra porque aquel habia hecho la paz. No podia haber otro motivo porque nosotros nada teniamos que hacer con los Rusos, á quienes aun no habia llegado su turno, pero las mugeres y los cortesanos lo decidieron asi. Ellos creyeron hacer una cosa buena, porque yo no era persona de moda en el mundo, y dieron principio (sin saber lo que hacian) al sistema á que deberá la Rusia su grandeza.

Jamas la coalicion abrió la campaña con menos acierto: los Austriacos creyeron sorprenderme, pero no lo lograron. Inundaron la Baviera sin esperar la llegada de los Rusos, y vinieron á marchas forzadas sobre el Rhin: Mis columnas habian dejado el campo de Boloña y atravesado la Francia, pasando el Rhin en Strasbourg; nuestra Vanguardia encontró á los Austriacos en Ulm y los arrolló: yo marchaba sobre Viena á paso de camino entrando en ella sin obstáculo; y olvidado un general Austriaco de cortar los puentes del Danubio me dejó pasar el Rio. De todos modos lo hubiera pasado, pero asi llegué mas pronto á la Moravia.

Los Rusos desembocaban á este tiempo, y las reliquias de los Austriacos corrieron á refugiarse bajo sus Vanderas. El enemigo quiso sostener á Austerlitz, y fue batido: los Rusos se retiraron en buen orden y me dejaron el imperio del Austria. El Emperador Francisco solicitó de mi una entre-vista y se la concedí en un foso: me pidió la paz y se la acordé porque nada me interesaba su pais, que no estaba preparado para la revolucion; pero con objeto á disminuir sus fuerzas, pedí á Venecia para la Lombardía, y el Tiról para la Baviera, reforzando de este modo á mis amigos á expensas de mis contrarios. Fue lo menos posible.

No era aquel momento para disputar, y por eso se firmó la paz, proponiéndose-la al mismo tiempo á los Rusos, pero Alejandro la reusó: esta repulsa era noble porque, aceptando la paz, aceptaba la humillacion de los Austriacos, y reusandola acreditaba su firmeza en los reveses, y su confianza en la fortuna; por eso la negativa me dió á conocer que la suerte del mundo dependia de los dos.

Vuelta á empezar la campaña, seguí la

retirada de los Rusos y llegué á Polonia. Un nuevo teatro se ofrecia á nuestras armas: entrabamos á ver aquellas antiguas posesiones de la anarquía y de la libertad encorbadas bajo un yugo extranjero; y los polacos esperaban mi llegada para sacudirlo.

No hice aprecio del partido que podia sacar de los Polacos, y esta es la mayor falta que he cometido en mi reinado. Sin embargo sabia que era necesario levantar á este pais, para hacer de él una barrera á la Rusia, y un contrapeso al Austria, mas las circunstancias no fueron bastante felices en aquella época para realizar este plan.

Por lo demas los Polacos me parecieron poco á propósito para llenar mis intenciones: es un pueblo susceptible de pasiones, é inconstante, en el que todo se hace por fantasía y nada por sistema: su entusiasmo es violento, pero no sabe reglarlo, ni fijarlo, y esta Nacion lleva su ruina en su carácter. Quizá dando á los Polacos un plan, un sistema y un punto de apoyo, hubieran podido formarse con el tiempo.

Aunque mi carácter jamas me ha conducido á hacer las cosas á medias, esto fue

lo que hice en Polonia, donde por otra parte me encontraba mal. Avancé en el rigor del invierno ácia el pais del Norte, cuyo clima no inspiró desconfianza alguna á los Soldados, que eran de una moral excelente. Tenia que combatir un ejército maestro en el terreno y clima que me esperaba en las fronteras de la Rusia, donde fui á buscarlo, porque no podia dejar debilitar mi tropa en un mal acantonamiento. Encontré al enemigo en Eylau: la accion fue sangrienta y quedó indecisa.

Si los Rusos nos hubieran atacado al dia siguiente nos habrian batido, pero sus Generales (por fortuna) no tuvieron esta inspiracion, y por el contrario me dieron tiempo de atacarlos en Friedlan, donde fue la victoria menos dudosa. Alejandro se defendió con valentia, y me propuso la paz, que era honrosa para las dos Naciones, porque se habian medido con igual intrepidez. La paz se firmó en Tilsit, y se firmó de buena fe. Yo lo atestiguo con el Czar mismo.

Tal fue el exito de los primeros esfuerzos de la coalicion contra el Imperio que yo acababa de fundar. El elevó la

gloria de nuestras armas , pero dejó la cuestion indecisa entre la Europa y yo, porque nuestros enemigos no habian sido mas que humillados y no fueron destruidos , ni variaron de opinion ; por consiguiente nos encontrábamos en el mismo estado ; y en el acto de firmar la paz estaba previendo una nueva guerra.

En efecto , era inevitable mientras que la suerte de ella no proporcionase nuevas combinaciones , y mientras los ingleses tuviesen un interes personal en prolongarla.

Era pues necesario aprovechar el pasajero reposo que acababa de dar al continente, para ensanchar la base de mi Imperio , á fin de hacerlo mas sólido y capaz de resistir los ataques sucesivos. El trono era hereditario en mi familia , que empezaba de este modo una nueva dinastia , que el tiempo debia consagrar como ha legitimado á las demas , puesto que desde el Emperador Carlo Magno no se habia dado una corona con tanta solemnidad. Yo la habia recibido por el voto de los pueblos , y por la sancion de la Iglesia , y mi familia , llamada á reinar , no

debía permanecer mezclada en el rango de la Sociedad, porque hubiera sido contra el orden.

Yo habia hecho muchas conquistas, y era necesario ligar intimamente aquellos Estados al sistema del Imperio, á fin de aumentar su consideracion política. No hay otros lazos para unir á los pueblos que los de los intereses recíprocos, y por consiguiente se hacia indispensable establecer una entera comunidad de relaciones entre nosotros y los paises conquistados. No se trataba para esto mas que de cambiar su antiguo orden social para darles el nuestro, poniendo á la cabeza de sus nuevas instituciones Soberanos interesados en sostenerlas; y yo llenaba estos objetos, colocando á mi familia en los Tronos que se hallaban vacantes.

La Lombardía era el mas esencial de aquellos Estados, porque debia estar continuamente expuesta á los resentimientos de la casa de Austria. No quise darle el placer de poner á uno de mis hermanos sobre aquel trono, y siendo yo el solo capaz de llevar la corona de hierro, me

la coloqué en las sienes , dando de este modo la mayor confianza á los Lombardos , porque hacia su causa , mia propia. Este nuevo Estado tomó el nombre de reino de Italia , porque era un título muy grande , é influia demasiado en la imaginacion de los Italianos.

El Trono de Nápoles estaba vacante. La reina Carlota , despues de haber inundado de sangre las calles de Nápoles , y entregado su reino á los Ingleses , habia sido nuevamente arrojada de él. Faltaba un dueño á este desgraciado pais para salvarlo de la anarquia y de las venganzas , y uno de mis hermanos subió á su Trono.

La Holanda habia perdido mucho tiempo ántes la energía que constituye las Repúblicas , y por consiguiente no tenia bastante fuerza para conservar esta representacion , habiendo dado prueba de ello desde el desembarco del año de 99. Yo no debia juzgar que echase de menos la casa de Orange por el modo con que la habia tratado. Parecia pues que la Holanda tenia necesidad de un Soberano , y la di otro de mis hermanos.

El menor era demasiado jóven para contar con él : el cuarto no quería reinar , y se fugó por substraerse de ello.

No quedaba mas república que la de Suiza , y no merecia la pena de hacerla cambiar de las reglas á que estaba acostumbrada. Mi autoridad , con respecto á este pais , era limitada á impedir que se destrozasen entre sí , sin que me lo hayan agradecido.

Formandó de este modo Estados aliados de la Francia y dependientes del Imperio , debia al mismo tiempo reunir á la madre Patria otra porcion de territorios para conservar su preponderancia sobre todo el sistema. Con este objeto habia reunido el Piamonte á la Francia , y no á la Italia , y del mismo modo agregué la Génova y Parma.

Semejantes reuniones nada valian en sí mismas , porque yo hubiera hecho con aquellos pueblos buenos Italianos , y solo hice medianos franceses ; pero el Imperio se componia , no solo de la Francia , sino de los Estados de la familia y de los aliados estrangeros , siendo muy esencial conservar la proporcion entre estos tres ele-

mentos. Cada alianza nueva llevaba tras sí una nueva reunion, y en todos estos casos me censuraba el público de ambicioso, pero mi ambicion jamas ha consistido en poseer algunas leguas cuadradas de mas ó de menos, sino en hacer triunfar mi causa.

Esta causa no consistia solo en las opiniones, sino tambien en el peso que cada partido podia colocar en la balanza, y las leguas cuadradas pesaban en el plato de aquella, porque el mundo no se compone de otra cosa. Por eso aumentaba yo la masa de las fuerzas, á que daba movimiento, sin necesitar talento ni destreza para obrar aquellos cambios, pues bastaba un acto de mi voluntad, siendo demasiado pequeños aquellos paises para tenerla propia en mi presencia. Dependian del movimiento que se daba al todo del sistema imperial, y el punto de donde partia este sistema estaba en Francia.

Era pues indispensable consolidar mi obra, dando á la Francia instituciones conformes al nuevo órden social que habia adoptado. Era necesario crear un siglo para mí, como yo lo habia sido para



él : era preciso ser legislador despues de haber sido guerrero.

No habia posibilidad de hacer retroceder la revolucion , porque hubiera sido someter de nuevo los fuertes á los débiles contra el órden natural , y se hacia preciso el comprender el espíritu de los hombres para acomodarles un sistema legislativo analogo á sus deseos , al que me lisongeo haber llegado , entablado uno que me sobrevivirá , y en el que he dejado á la Europa una herencia que no podrá repudiar.

En realidad no habia otra cosa en el estado sino una democracia dirigida por una dictadura , cuyo gobierno es bastante cómodo para la execucion , pero de naturaleza temporal , porque solo es vitalicio en la persona del Dictador. Yo debia hacerla perpetua , creando instituciones permanentes , y corporaciones duraderas para colocarlas entre el Trono y la Democracia : nada podia executar por el impulso de las costumbres y las ilusiones , y me veia obligado á establecerlo todo en la realidad ; por consiguiente era necesario fundar mi legislacion sobre

los inmediatos intereses de la mayoría , y crear mis corporaciones con los mismos, porque los intereses es lo que se encuentra de mas real en el mundo.

Formé leyes ; cuya accion era inmensa pero uniforme , teniendo por principios el sosten de la igualdad tan fuertemente marcada en sus códigos , que ellos solos serán suficientes á conservar-la. Establecí una clase intermediaria que era democrática ; porque se entraba en ella en todo tiempo y por todas carreras, y monárquica porque no podia dejar de existir.

Esta corporacion debia reemplazar, en el nuevo régimen , el servicio que se consideraba hacer la Nobleza en el antiguo, esto es , servir de apoyo al trono ; pero en nada se le parecia : la antigua nobleza no existia sino por sus prerrogativas , la mia solo era hija del poder : la antigua Nobleza no merecía aprecio sino por ser exclusiva : todos los que de algun modo se distinguian entraban de derecho en la nueva , que no era mas que una corona cívica , ni el pueblo le daba otro concepto ; cada cual la merecia por sus obras,

todos podian obtenerla al mismo precio y á nadie era ofensiva.

El espíritu del Imperio estaba en su movimiento ascendiente, que es el carácter de las revoluciones, y agitaba toda la nacion que se sublevaba para elevarse. Coloqué en la cima de este movimiento grandes recompensas que se conferian por el reconocimiento público, y sus altas dignidades eran tambien conformes con el espíritu de igualdad, pues el último soldado las obtenia por acciones brillantes.

Despues del desorden de la revolucion, convenia restablecer el orden, que es el síntoma de la fuerza y de la duracion. Los Administradores y los Jueces eran esenciales en el Estado, pues de ellos solos dependia el orden público, ó lo que es lo mismo la execucion de las leyes. Los asocié al movimiento que animaba al pueblo y al ejército; los asocié á las mismas recompensas. Establecí una orden que distinguia á los Administradores porque habia recibido de los soldados el título de su honor: la hice extensiva á todos los que servian al Estado, porque la primera de las virtudes es el servicio de la patria.

Tambien di por resorte al Imperio un estrecho vínculo general que unia en sus intereses á todas las clases de la Nacion, porque ninguna quedaba subordinada ni excluida, formando en rededor de mi un cuerpo intermediario compuesto de lo mas escogido de la Nacion, que se hallaba unido al sistema Imperial por su vocacion, por sus intereses, y por sus opiniones: este numeroso cuerpo, aunque revestido del poder civil y militar, era reconocido por el pueblo, porque se habia constituido por sorteo entre las clases, y tenia confianza en él, porque sus intereses estaban ligados, no siendo un cuerpo, ni decimado, ni exclusivo, si no en realidad una magistratura.

El Imperio descansaba sobre una organizacion fuerte: el ejército se habia formado en la escuela de la guerra, en la que aprendió á batirse y sufrir: los funcionarios públicos se acostumbraban á hacer egecutar estrictamente las Leyes, porque yo no queria, ni arbitrariedad, ni interpretacion, é iban acomodándose á darles el rápido impulso que con uniformidad habia yo hecho estensivo á todo el Imperio,

*

cuya máquina se movía (según el arreglo que le di) á la sola voz de una orden.

Contube las dilapidaciones del Erario público fijando en un solo punto el centro de la máquina Fiscal, y sin dejar el menor vacío en este particular, porque en orden á caudales nada debe omitirse; y sobre todo, nada dejé á el arbitrio de los Administradores Provinciales, convencido por la esperiència de que el abandono solo sirve para enriquecerse algunos malversadores, á espensas del Erario, del pueblo y de la causa pública.

Volví el crédito al Estado con no hacer uso del crédito: substituí al sistema de empréstitos, que habia perdido á la Francia, el de las imposiciones que la ha reanimado: organicé la conscripcion, Ley rigurosa, pero grande, y solo digna de un pueblo que ama su gloria y su libertad, y cuya defensa no debe confiarse sino á si mismo.

Abri nuevas comunicaciones al comercio; hice reunir la Italia á la Francia facilitando los Alpes por cuatro caminos diferentes, y emprendi en este particular cosas que parecen casi imposibles. Hice

prosperar la agricultura protegiendo las leyes relativas á la propiedad, y repartiendo con igualdad las cargas del Estado.

Erigí grandes monumentos sobre los que poseia la Francia, porque al mismo tiempo que debian servir de testimonios de su gloria, opinaba que ellos consagrarían en su favor los votos de nuestros descendientes; siendo cierto que los pueblos tienen inclinacion á estas nobles imágenes de su historia.

Mi trono no brillaba sino por el esplendor de las armas: los franceses son amantes de lo sublime hasta en la apariencia. Hice adornar suntuosos palacios y reuni una corte numerosa dándole un carácter áustero, porque ningun otro le era mas á propósito. En mi corte no habia diversiones, y las mugeres hacian un papel despreciable, pues todo se consagraba á la grandeza del Estado, y por esta causa he sido siempre aborrecido de ellas, Luis XV era mas amado.

Apenas se hallaba bosquejada mi obra cuando un nuevo enemigo se presentó inopinadamente á la palestra. Diez años ha-

bia que la Prusia se mantenía en paz: la Francia tenía un placer en ello; pero los aliados que la deseaban mucho mal, la injuriaban, y á su pesar no dejaba de prosperar.

En todos casos, y singularmente en la última campaña, me había convenido su neutralidad, y para asegurarme en ella le hice algunas proposiciones de cederle el Hannover, porque opinaba que semejante proposición recompensaba la pequeña violación que yo me había permitido en su territorio, para acelerar la marcha de una división que me veía precisado á tener sobre el Danubio.

Habiendo la Inglaterra desechado las proposiciones de paz que le habíamos hecho (según nuestro uso) al tiempo de firmar la de Tilsit, la Prusia pidió la cesión del Hannover. Ninguna otra cosa deseaba yo más que hacerle este presente; pero me pareció que ya era tiempo de que esta Corte se declarase abiertamente por nosotros, abrazando decididamente nuestro sistema. No se podía conquistar todo con la espada, era necesario que la política nos diese algunos

aliados, y se presentaba la ocasion.

Sin embargo yo tuve ideas de que la Prusia tenia otras intenciones, y que creia haberme pagado suficientemente con su neutralidad. Desde este momento conceptué que era ridículo aumentar un pais conque no podia contar, y obrando con mi genio, no calculé bastante que dando terreno á la Prusia la comprometia y me la aseguraba: lo reusé todo, y al Hannover se le dió otro destino.

Los Prusianos pusieron los gritos en el cielo porque no quise darles lo ageno: se quejaron de mi pequeña violacion del año anterior: se acordaron de pronto que eran depositarios de la gloria del gran Federico: los ánimos se exaltaron: una especie de conmocion nacional agitó á la nobleza de Prusia: la Inglaterra se apresuró á derramar la plata, y la revolucion tomó consistencia.

Si los Prusianos me hubiesen atacado cuando estube batiéndome con los Rusos, me hubieran podido hacer mucho daño; pero era cosa tan absurda venir fuera de propósito á declararme esta guerra, semejante á una obstinacion de muchachos,

que estuve mucho tiempo sin creerlo; pero como nada hubiese mas cierto, fué necesario entrar en campaña.

Confiaba batir á los Prusianos; pero habia destinado mucho tiempo al efecto, porque tomé medidas (que no me fueron necesarias) contra las agresiones que sospechaba podrian suscitarme de otra parte. Por un acaso singular no me hicieron oposicion dos horas, y por otro acaso sus Generales no pensaron en defender algunas plazas que me hubieran detenido tres meses; de suerte que en pocos dias fuí dueño del pais.

La facilidad con que se verificó esta derrota me dió á conocer que aquella guerra no habia sido popular en Prusia. Yo hubiera debido aprovechar este descubrimiento para organizarla á nuestro modo; pero no supe manejarlo.

El Imperio habia adquirido una gran preponderancia por la batalla de Jena: el público principiaba á mirar como ganada mi causa, lo que conocí por el modo con que me trataba: yo mismo empecé á creerlo asi, y esta buena opinion me ha hecho cometer multitud de faltas.

El sistema sobre el cual habia erigido mi Imperio era enemigo nato de las antiguas dinastias: sabia que entre ellas y yo debia ser la guerra mortal, y por consiguiente era necesario tomar medios vigorosos de hacerla tan corta como fuese posible, á fin de aliviar el sufrimiento de los pueblos y de los Reyes.

Por esta razon debí variar en parte la materia y forma de todos los Estados que la guerra habia puesto bajo mi dominio, porque no se perfeccionan revoluciones conservando los mismos hombres y las mismas cosas; y estaba seguro que permaneciendo en el propio sistema de sus gobiernos, siempre serian mis contrarios, por ser enemigos que yo resuscitaba.

De otro modo: si yo hubiera querido conservar su mismo gobierno (á falta de otro mejor) era necesario hacerlos participes de mi grandeza, obligándolos á aceptar con mi alianza territorios y títulos. Siguiendo uno ú otro de estos planes (segun se presentase la ocasion) hubiera extendido rápidamente los límites de la revolucion: nuestras alianzas ha-

brian sido sólidas porque se hubieran hecho con los pueblos: yo les hubiera llevado las ventajas con los principios de la revolución: y hubiera alejado de ellos el azote de la guerra de que habían sido perseguidos por el espacio de veinte años y que ha dado fin por declararse nuestros enemigos.

Es de creer que la mayoría de las naciones del continente hubiese aceptado esta grande alianza, y que la Europa fuese refundida sobre un nuevo plan análogo al estado de su civilización. Yo ratiocinaba bien; pero hice todo lo contrario: en lugar de mudar la dinastía Prusiana, como lo había amenazado, le volví sus Estados despues de haberlos dividido. La Polonia no me agradeció el que no hubiese puesto en libertad mas que la parte de su territorio, de que la Prusia se había apoderado. El Reino de Wesphalia se disgustó por no haber obtenido ventaja, y la Prusia furiosa por lo que yo le había quitado, me juró un ódio eterno.

Yo pensaba (sin saber porque) que los soberanos desposeidos por el derecho de

conquista debian quedar agradecidos por la parte que se les dejaba; é imaginaba que podrian (despues de tantos reveses) aliarse de buena fé con nosotros porque era el partido que mas les convenia. Opinaba hacer extensivas, de este modo, las alianzas del Imperio, sin atraerme los ódios que las revoluciones arrastran tras sí, y conoci al fin que se representa un gran papel en quitar y volver coronas: me dejé seducir de este error cuya falta jamas se perdona.

Quise corregir á ló menos lo que habia hecho en Prusia, organizando la confederacion del Rhin, porque esperaba contener la una con la otra. Para formar esta confederacion ensanché los Estados de algunos soberanos á expensas de la caterva de pequeños príncipes que no servian sino para consumir los bienes de sus vasallos, sin poder serles útiles para nada. De este modo atraje á mi causa á los Soberanos á quienes habia engrandecido, y los hice conquistadores á su pesar; pero se conformaron tan bien con el oficio, que hicieron voluntariamente causa comun conmigo, y se han mantenido

fieles á esta causa, mientras han podido.

El continente se hallaba pacificado por la cuarta vez. Yo habia aumentado la superficie y la preponderancia del Imperio. Mi poder inmediato se extendia desde el mar Adriático hasta las bocas del Vecer, y el de mi opinion, sobre toda la Europa; pero la Europa conocia como yo, que esta pacificacion no era durable por los muchos motivos de resistencia que se le oponian, y que habiéndome yo manejado mal con ellas, no hice otra cosa que retardar la dificultad.

El principio que daba vida á esta opinion estaba en Inglaterra. Yo no tenia medio alguno de atacarla cuerpo á cuerpo, y sabia que la guerra se renovaria en el continente mientras que el ministerio inglés pudiese costearla. La cosa podia durar mucho tiempo porque los beneficios que produce la guerra son otros tantos medios de sostenerla y era un círculo vicioso cuyo resultado seria la ruina del continente. Habia necesidad de encontrar un modo de destruir los beneficios que la guerra marítima producía á la Inglaterra, á fin de arruinar el crédi-

to del ministerio ; y proponiéndome con este objeto el sistema continental, me pareció bien y lo adopté. Pocos han comprendido este sistema porque se obstinaron en no ver en él otro fin , que el de aumentar el precio del café ; pero debía tener muy diversas consecuencias. Debía arruinar el comercio inglés , y produjo el efecto contrario, como todas las prohibiciones , pues habiendo tomado mas crédito el género , cedió en ventaja del comercio, no pudiéndose desterrar el contrabando.

El sistema continental debía servir á hacernos conocer quienes eran nuestros amigos , y quienes nuestros enemigos (sin temor de padecer equivocacion) pues la inclinacion que se manifestase á él seria un testimonio de la que se tenia á nuestra causa , por ser este su distintivo y antemural.

En aquel momento fué indispensable establecer un sistema que habia sido tan discutido , porque todo grande Imperio debe tener , no solo un objeto general en su política , sino en su economia. Debe, asi como á los demas ramos del Estado,

abrir camino á la industria poniéndola en movimiento y perfeccionando sus adelantos , y la Francia carecia de ella cuando yo se la facilité por medio del sistema continental.

La economia de la Francia se habia fijado, antes de la revolucion, en negociar con las colonias y en hacer el comercio de cambio. Esta era la moda de aquel tiempo , y por mucho que se hayan querido ponderar los resultados , es cierto que no tuvo otros que los de conducir á su ruina las rentas del Estado ; acelerar la pérdida de su crédito ; la destruccion del sistema militar ; atraerse el desprecio de su consideracion exterior , y experimentar la languidez de su agricultura. Estos mismos resultados la condujeron, finalmente , á firmar un tratado de comercio que ponia en manos de los Ingleses el abasto de sus provisiones.

La Francia tenia hermosos puertos de mar , y algunos comerciantes cuyas fortunas eran colosales. La guerra habia enteramente destruido el sistema marítimo : los puertos estaban arruinados ; ninguna fuerza humana podia reintegrar á

la nacion lo que la revolucion habia aniquilado; y siendo necesario dar otro impulso al tráfico para volver su vigor á la industria francesa, no habia otro medio de conseguirlo que el de quitar á los ingleses el monopolio de las manufacturas para hacer de ellas el objeto general de la economia del Estado; todo lo cual me obligó á crear el sistema continental. No podia evitarse este sistema porque era necesario dar un premio enorme á las fábricas, á fin de comprometer al comercio á desembolsar las anticipaciones que exige el establecimiento de multitud de elaboraciones.

Las consecuencias justificaron mi modo de pensar arrancando de su asiento á la industria, y haciéndola pasar el mar, de que resultaron tan grandes progresos en el continente, que nada debia temer de la concurrencia de otra. Si la Francia quiere prosperar que conserve mi sistema mudándole el nombre: si quiere decaer no necesita otra cosa sino volver á las empresas marítimas y será destruida por los Ingleses á la primera guerra. Me vi precisado á llevar el sistema continental á

un extremo, con el objeto, no solo de hacer beneficio á la Francia, sino daño á la Inglaterra. Recibiamos los efectos coloniales solo por su mano, cualquiera que fuese el pabellon bajo que navegasen; y en este concepto se hacia preciso admitir los menos posibles, no habiendo para ello mejor medio que el de darles un precio excesivo.

El objeto político se hallaba cumplido; las rentas del Estado se aprovechaban de ello; pero ofendi á las mugeres y se vengaron de mí. La experiencia acreditaba cada dia mas que el sistema continental era bueno, porque el Estado prosperaba á pesar de las cargas de la guerra: las imposiciones estaban al dia, y el crédito á la par con el interes de la plata, el espíritu de mejora se demostraba en la agricultura y en las fábricas. Se construian de nuevo los pueblos así como las calles de Paris; los caminos y canales facilitaban el tráfico interior: cada dia se perfeccionaba algun invento: hice sacar azucar de los nabos, y sosa de la sal; y los descubrimientos de las ciencias caminaban á la par con los de la in-

dustria. Hubiera sido una insensatez renunciar á un sistema en el momento en que producía el fruto, y por el contrario era preciso afirmarlo para dar otro tanto mas fomento á la emulacion.

Esta necesidad ha influido sobre la política de la Europa, obligando á la Inglaterra á continuar en estado de guerra, que desde este momento tomó un carácter mas serio: se trataba en ella del beneficio público, ó lo que es lo mismo de su existencia, y por esta causa se popularizó: los Ingleses no volvieron á fiar su proteccion á los auxiliares, sino que la tomaron á su cargo, apareciendo en grandes masas sobre el campo. Desde entonces se hizo la lucha peligrosa, y lo preví en el acto de firmar el decreto. Sospeché que ya no habria reposo para mí, y que pasaria la vida en combatir las oposiciones que el público no veia; pero cuyo secreto poseia yo, porque era el único á quien las apariencias jamas han engañado. Me lisongeaba interiormente de permanecer dueño de lo por venir, enmedio del ejército que habia creado, y que tan gloriosos sucesos hicieron invencible. Ja-

mas dudó de la victoria : sus movimientos eran rápidos , porque habíamos renunciado el sistema de campamentos y almacenes : en un momento podia ser transportado en todas direcciones , y llegaba á todas partes con el conocimiento de su superioridad. ¿ Con semejantes soldados que General no hubiera amado la guerra ? Yo la amaba , lo confieso , y sin embargo desde la batalla de Jena no volví á disfrutar el lleno de confianza ni el desprecio del por venir á que habia debido mis primeros buenos resultados. Desconfiaba de mi mismo , y esta desconfianza causaba incertidumbre en mis disposiciones. Mi humor se habia alterado , y degenerado mi carácter : no obstante me dominaba ; pero nunca es perfecto , lo que no es natural.

El sistema continental decidió á la Inglaterra á hacernos guerra á muerte. El Norte estaba sometido y contenido por las guarniciones de tropas que tenia en las plazas. Los ingleses no tenian con él otras relaciones que las del contrabando ; pero se le habia entregado el Portugal , y yo sabia que la España fa-

vorecia su comercio , á la sombra de su neutralidad.

Para que el sistema continental valiese algo , era necesario que fuese completo. En el Norte lo habia casi establecido, y convenia hacerlo respetar en el medio dia. Pedí á la España el paso para un cuerpo de ejército que queria enviar á Portugal , y me lo concedió. Al aproximarse mis tropas, la córte de Lisboa se marchó para el Brasil y me dejó su reino, haciéndose desde entonces preciso, establecer una ruta militar por medio de la España para comunicar con Portugal, y este paso nos puso en relaciones con la España , en cuyo pais jamas habia pensado á causa de su nulidad (1).

El estado político de la España se hallaba en inquietud ; era gobernada por un soberano que en un todo deferia á su favorito , y este, sin carácter y sin talentos no servia para otra cosa que para

(1) A bastante costa recordó que existia esta parte del globo, porque ella le acreditó que no siempre se vence con la intriga, y que los Españoles se hallaban muy distantes de tirar del carro de su triunfo.

*

amontónar riquezas y dignidades.

El favorito se habia hecho de mi partido porque queria gobernar á la sombra de mi alianza ; pero se habia manejado tan mal, que disminuido su crédito en España, no podia hacerse obedecer, y por consiguiente su adhesion me era inútil. Las opiniones habian caminado en un sentido inverso del resto de la Europa (1). El pueblo que en todas partes se halla colocado en lo mas elevado de la revolucion, en aquel pais permanecia muy por bajo de ella, porque las luces no se habian difundido por la segunda capa de la nacion, deteniéndose en la superficie, esto es, en las altas clases, á cuyos individuos llamaban liberales (2). Estos sen-

(1) Es verdad, porque los Españoles no saben dejarse gobernar de los tiranos; conocen sus derechos, y se creian los unicos que pudieran trastornar los planes del que pretendia dominar al mundo.

(2) Napoleon sin duda perdió su cálculo desde el momento que recordó que habia España, pareciendo incompatible su mucha soberbia con tanta ignorancia, supuesto que no conoció que el fuego electrico que animaba á esta gran Nacion desde que se penetró que iba á ser presa del tirano de la Europa, cor-

tian el abatimiento de su patria, y se avergonzaban de obedecer un gobierno que arruinaba su país; de forma que los revolucionarios en España eran aquellos que tenían que perder en la revolución, y los que debían ganar, ni siquiera querían oír hablar de ella. La misma contradicción se experimentó en Nápoles, haciéndome cometer muchas faltas porque no poseía el secreto de introducirme en su conmoción.

La presencia de mis tropas en España, causó bastante alboroto: cada cual la interpretó á su arbitrio; y exaltados los ánimos, me informaron haber dado principio una fermentación popular. Los liberales se resintieron de la humillación de su país, y creyeron impedir su ruina por medio de una conjuración, que aunque tubo efecto, quedó limitada á hacer abdicar la corona al antiguo Rey (1), y

rió por las venas del último español, siendo uno el sentimiento, una la voluntad, y una la cooperación de sacudir el yugo que se le quería imponer.

(1) Esta impostura, sobre tantas como se notan en el presente Manuscrito, (y que no hemos contradicho por no ser dirigidas a nuestro país) acredita que aquel hombre de intriga

á dar de palos á su favorito, pero en realidad nada adelantaron con ella.

Apenas se verificó la conjuración cuando los conjurados se asombraron de su atrevimiento, teniendo miedo de si mismos, de mí, y de todo el mundo (1). Los frailes no aprobaban la violencia que se habia exercido contra el antiguo Rey, porque era ilegítima (2). Yo la desapro-

desfigura los hechos á su antojo, para acomodar los procedimientos que posteriormente adoptaba. Todos los Españoles sabemos, y saben las naciones extranjeras, que el Señor Don Carlos IV, hizo renuncia espontanea de la corona, en nuestro actual amado Rey: que el pueblo ninguna parte tubo en un acto tan voluntario, y que si influyó para verificarlo el conocimiento de la opinion pública, fué la conveniencia del reyno, y no la violencia, la que estimuló al Rey á practicar aquella abdicacion.

(1) La experiencia ha acreditado cual ha sido el miedo de los Españoles, pues desde que emprendieron la sagrada lucha, en medio de los numerosos exercitos de aquel Coloso, no dejaron las armas de las manos hasta derrocarlo, siendo el primer móvil de que hoy se encuentre en la isla de santa Elena, sin otros recursos que los de su pluma, para invectivar á los que no puede ofender.

(2) Toda violencia es ilegítima; pero cual-

baba igualmente, aunque por distinto motivo (1): el sobresalto entró en la nueva corte, la revolucion en el pueblo, y la anarquia en el Estado.

La fuerza de los acontecimientos hizo un trastorno en España; puesto que principió en ella de hecho una revolucion, que no podia ser de la misma naturaleza que la de Francia, porque eran diversos los principios de que partia. Hasta entonces no tenia direccion alguna, porque carecia de gefe, y no se habia grangeado partido anterior, y por consiguiente era solo una suspension de autoridad, una subversion del poder, y un desorden.

Nada se podia preveer acerca de la suerte de la España, mas de que con un pueblo ignorante y feroz, aquella revolucion no acabaria sin derramarse arroyos de sangre, y padecerse largas calamidades (2). ¿Que es pues lo que pretendian quiera que fuese la opinion de los Regulares, á cerca de aquel hecho, se halla demostrada la falsedad del supuesto.

(1) En el progreso de su narracion se verán los que tubo para fingirlo.

(2) Este hombre que segun su propia aser-

los hombres que solicitaban una variacion en España? No apetecian una revolucion como la nuestra, sino un Gobierno sábio, una autoridad que fuese capaz de remover el entorpecimiento de su pais, con el fin de darle consideracion exterior, y civilization interior.

Yo podia concederle lo uno y lo otro, apoderándome de su revolucion en el punto á que la habian conducido. Se trataba de dar á la España una dinastia, que seria vigorosa en razon de ser nueva; é ilustrada porque carecia de preocupaciones: la mia abrazaba estos extremos, y por lo mismo me propuse agregarle este trono (1). Lo mas dificil estaba hecho que era el desembarazarse de la antigua

cion, todo lo sabia equivocó groseramente su prevision acerca de España, pues en ella ni en su revolucion, se ha derramado otra sangre que la indispensable en todo pais para repeler la invasion de un tirano.

(1) La serie de los hechos convence del agradecimiento de los Españoles, al buen deseo de Napoleon Buonaparte, pero por desgracia (suya) no se pudo realizar el alto honor que pretendia dispensarnos S. M. I. y R.

dinastia (1), pues los Españoles habian dejado abdicar la corona al antiguo Rey (2), y no querian reconocer al nuevo (3). Todo parecia presagiar que la España para evitar la anarquia, aceptaria sin violencia un soberano, que se presentaba revestido de una fuerza prodigiosa, entrando por este medio en el circulo del sistema Imperial, y sin embargo de que el estado social de la España fuese deplorable, no debia despreciarse su conquista.

Como es indispensable ver las cosas por sí mismo, para formar una justa idea de ellas, partí para Bayona á donde tenia convocada la antigua córte de España, que concurrió en aquel punto, porque no podia hacer cosa mejor. Tambien habia convidado a la nueva, y crei que no fuese, porque todo otro partido le hubiera

(1) Ya se va aclarando que no le disgustaba la renuncia del Señor Don Carlos IV.

(2) Desapareció la supuesta violencia: ya declara que los Españoles dejaron abdicar al Rey, y consentir no es obligar.

(3) Solo en boca de Napoleon Buonaparte podia caber una blasfemia política de este tamaño, pero él mismo la desmiente en lo sucesivo, como le sucede con todas sus falsedades.

sido mas conveniente. Formé concepto de que Fernando abrazaria el de la revolucion ó el de pasar á América, pero no habiendo adoptado ni el uno ni el otro, se dirigió á Bayona con su preceptor y confidentes, dejando á la España en abandono (1).

Apenas tube las primeras conferencias con los gefes de los conjurados, y cuando advertí la ignorancia en que se hallaban de su propia situacion. Ningun partido habian tomado sobre cosa alguna; nada preveian, y su política se resentia de un atraso de tres siglos. Desde luego me propuse no dejar la España entre sus manos.

Me decidí á recibir la abdicacion de la familia Real, y á colocar á uno de mis hermanos en el trono (2). Ningun obstáculo parecia oponerse á ello, porque la

(1) El engaño y la mas negra perfidia, condujeron al jóven Monarca á caer en el lazo que se le tenia preparado, sin tener otro objeto que el evitar la efusion de sangre de sus subditos.

(2) Esta no la titula abdicacion violenta, porque la opinion de su política peculiar no reconocia otra legitimidad que la del derecho de la fuerza.

Junta de Bayona lo habia reconocido; en España no habia quedado ningun poder legal que se opusiera á la variacion de dinastia; el antiguo Rey no manifestaba desagrado sobre que yo hubiese quitado el trono á su hijo, retirándose á descansar á Compiègne; y el hijo fue conducido al castillo de Valencey, donde se habian hecho los preparativos al efecto.

Los Españoles no tomaron un interes por el antiguo Rey, pero siendo su hijo jóven que ofrecia esperanzas y que habia sido desgraciado, se exaltaron los ánimos en su favor y lo hicieron su héroe (1). Los liberales reclamaban la independendencia Nacional; los frailes se quexaban de la ilegitimidad, y toda la Nacion se armó bajo estos dos partidos.

Yo cometí un yerro en no haber dejado sobre su trono al jóven Rey, porque debiendo continuar las cosas en España de mal en peor, me hubiera adquirido el titulo de protector del antiguo, dándole un asilo: el nuevo Gobierno no habria

(1) Este es el mismo que poco antes ha asegurado Buonaparte, no querer los Españoles reconocer por su Rey.



dejado de comprometerse con los Ingleses ; yo le hubiera declarado la guerra, asi en mi nombre , como en representacion del Rey anterior : la España habria fiado á su Ejército la suerte de esta guerra, y desde el momento de ser aquel batido, se hubiera sometido la Nacion al derecho de conquista , sin haber siquiera soñado en murmurarlo, porque cuando se dispone de un pais conquistado , no se hace otra cosa mas que continuar sus usos.

Si yo hubiera tenido mas paciencia habria seguido esta marcha ; pero creí que siendo el resultado el mismo, los Españoles aceptarían *á priori* un cambio de dinastía, que hacia inevitable el orden de las circunstancias. Cometí una torpeza porque no lo ejecuté por grados : acababa de despojar á la antigua dinastía de un modo ofensivo para los Españoles, quienes heridos en su orgullo, no quisieron reconocer la que puse en su lugar, resultando, que dejó de existir autoridad en parte alguna, ó lo que es lo mismo que existia en todas partes. La nacion en masa se encargó de la defensa del Es-

tadó, pues no habia ejército ni autoridad á quien se pudiese confiar esta defensa: cada cual creyó en sí la responsabilidad, y yo mismo establecí la anarquía, convirtiendo contra mí los recursos que ella ofrece y recibiendo todo el peso del furor nacional.

Esta nacion de quien la historia no ha señalado sino la avaricia y ferocidad, era poco temible al enemigo; huia á la vista de nuestros soldados; pero los asesinaba por detras. (1) Se hallaba sublevada con las armas en la mano, y usando represalias que de una en otra llegó á constituir la guerra en un anfiteatro de atrocidades.

Yo conocia que daba un caracter de violencia á mi reyno y que era un exemplo perjudicial para los pueblos y funesto para el exercito, porque consumia muchos hombres y fatigaba al soldado. Conocia que la guerra habia sido mal principiada, pero una vez emprendida

(1) La historia señala entre infinitas acciones de heroycidad Española, la prision de Francisco I. en la batalla de Pavia; y señalará la destruccion del monstruo opresor de la Europa.

no era posible abandonarla, porque el mas pequeño revés engreiria á mis enemigos, y volveria á poner la Europa sobre las armas; y sobre todo por que yo debia siempre quedar victorioso.

No retardé el hacer la prueba: pasé á España á fin de acelerar el exito y conocer el terreno en que iba á dexar á mi hermano. Ocupé á Madrid y destruí el exercito Ingles que venia en su socorro. Mis sucesos eran rapidos; el temor llegó á su colmo, la resistencia iba á acabar, no habia un momento que perder y en efecto no se perdió. El ministerio Ingles que siempre ha sido tan activo en buscarme enemigos como yo en batirlos, armó al Austria.

Por esta vez fue dirigido el proyecto con mucha destreza, me sorprendió: es necesario hacer justicia á quien la merece. Mis exércitos estaban esparcidos en Napoles, Madrid y Hamburgo, y aun yo permanecia en España. Era probable que anticipandose los Austriacos consiguiesen buen resultado, que sucesivamente tragese otros, porque en este genero de cosas el primer paso es el dificultoso.

Hubieran podido incitar á la Prusia y á la Rusia , reanimar el valor de los Españoles , y volver la popularidad al ministerio Ingles. La corte de Viena tiene una política tenaz que jamas desordenan los acontecimientos. Bastante tiempo he permanecido sin acertar la causa de ello, pero al fin conocí , aunque tarde , que semejante estado no tenia tan profundas raíces , sino por que la natural bondad del gobierno habia permitido que degenerase en oligarquía. Dirigian el Estado una centena de nobles que poseían el territorio y se habian apoderado de las rentas , de la política y de la guerra , por cuyo medio eran árbitros de todo , dejando á la Corte solo la firma.

Las oligarquías jamas varian de opinion por que sus intereses son siempre unos mismos : todo lo egecutan mal , pero siempre estan en accion por que nunca perecen. Jamas consiguen buen resultado en sus empresas , pero toleran extraordinariamente los reveses en razon de que los padecen en sociedad. El Austria ha debido quatro veces su conservacion á esta forma de gobierno y ella misma de-

ció la guerra que acababan de declararme.

No debía perder un momento: dejé la España precipitadamente y corrí acia el Rhin. Junté las primeras tropas que hallé á mano y como el Principe Eugenio se hubiese dejado ya batir en Italia, le envié refuerzo. Los Reyes de Suabia y Baviera me facilitaron sus tropas y con ellas me dirigí á batir á los Austriacos en Ratisbona, y al efecto marché sobre Viena.

Seguia á marchas forzadas la ribera derecha del Danubio. Contaba con el buen éxito del Virrey para verificar nuestra reunion. Pretendia adelantar á los Austriacos en Viena, pasar alli el Danubio, y colocarme en posicion de recibir al Archiduque.

El plan estaba bien concebido; pero era imprudente, por que debia habermelas con un hombre habil y no tenia bastante tropa; pero aun estaba la fortuna de mi parte.

El Archiduque hizo una excelente marcha, y habiendose penetrado de mi proyecto, se me adelantó conduciendose

con rapidez sobre Viena por la rivera izquierda del Danubio y tomó posición al mismo tiempo que yo. Esta fue (según mi conocimiento) la sola buena maniobra que los Austriacos hicieron jamás.

Mi plan de campaña había claudicado. Estaba á la vista de un formidable ejército que dominaba mis movimientos y me obligaba á la inacción. Solo una grande acción podía terminar la guerra, y yo debía atacar porque el Archiduque me reservó este destino, que era bien difícil de desempeñar, por hallarse en aptitud de recibirme.

Por una suerte inesperada el Archiduque Juan en lugar de contener á toda costa al Virrey, se dejó batir: el ejército de Italia lo arrojó del otro lado del Danubio y tuvimos por nuestra toda su derecha; pero como no queríamos permanecer allí siempre, y era necesario acabar, hice echar los puentes; empezó á moverse el ejército; la división del general Massena desfiló la primera, y dió principio el fuego en el momento que por desgracia se rompieron los puentes.

Era imposible repararlos bastante

pronto para socorrerlo, y fue atacado por todos lados. La tropa se defendió con un valor heroico por que no tenia esperanza alguna; faltaron las municiones y hubie-
ra perecido si los Austriacos no suspen-
den el fuego, creyendo que bastaba lo he-
cho para un solo dia: volvieron á tomar
su posicion en el momento decisivo, y me
sacaron de una mortal angustia.

No por eso experimentamos menos con-
tratiempo, como me lo dió á entender la
opinion: se publicó mi derrota; se anun-
ció mi retirada y aun se daban los deta-
lles, pronosticándose mi pérdida. Los Ti-
rolese se habian levantado y fue nece-
sario remitir á aquel punto el ejército
de Baviera: se formaron partidos en Pru-
sia y en Vestphalia, y corrian el pais
para excitar á un levantamiento: los In-
gleses intentaron una expedicion contra
Amberes, que habria tenido buen exito si
no hubiera sido por su ineptitud y mi si-
tuacion se empeoraba cada dia.

Al fin conseguí echar nuevos puentes
en el Danubio, y el ejército pasó el rio
en una noche espantosa. Yo asistí á su
pasage, porque me hallaba muy inquieto;

pero se verificó como podia desear; nuestras columnas tuvieron tiempo de formarse y esta gran jornada se abrió bajo favorables auspicios.

La batalla fue gloriosa por lo disputada, pero los generales no hicieron sin embargo muchos esfuerzos de imaginación, por que mandaban grandes cuerpos en una llanura que se defendió por mucho tiempo. El valor de nuestras tropas y una intrepida maniobra del general Macdonald decidieron la jornada.

Una vez roto el ejército Austriaco desfiló en desorden por un llano donde perdió mucha gente. Yo lo seguí con viveza por que era necesario decidir la campaña, y habiendolo batido en Moravia no tuvo otro partido que tomar sino pedirme la paz, que le concedí por la cuarta vez.

Esperaba que fuese durable por que cansa el ser batido como qualquier otra cosa y porque en Viena opinaba un gran partido en favor de una alianza final con el imperio.

Yo deseaba la paz, por que tenia necesidad de conceder algun descanso á los

*

pueblos, que en lugar de disfrutar las ventajas de la revolucion, hasta entonces no habian experimentado sino sus estragos: nosotros no podiamos ya darles proteccion como al principio de la guerra; y para acostumbrar la opinion de la Europa á la naturaleza de mi poder, no era necesario manifestarselo siempre bajo un aspecto hostil.

Por otra parte, el enemigo aseguraba á todos que no tomaba las armas sino para libertarlos del azote de la guerra, y para bajar de precio las mercancías inglesas. Estas insinuaciones hacian prosélitos, y la guerra despopularizaba la revolucion, siendo este el motivo por que yo apetecia la paz; pero como fuese necesario para conseguirla obtener el consentimiento del ministerio Ingles, se encargó el Austria de pedirlo y aquel se negó á darlo.

Esta repulsa me inquietó, porque acreditaba que la Inglaterra conocia en sí recursos que yo ignoraba y que en vano intenté descubrir. En lugar de poder desarmar, me ví precisado á mantenerme sobre pie de guerra, y á fatigar á la Eu-

ropa. Me incomodaba bastante que los aliados hubiesen conseguido el honor de la lucha, á pesar de haber sido en mi favor los resultados, por que disfrutaban el ayre de inocencia que da la defensa de las cosas que se llaman legítimas por que son antiguas; y por el contrario yo tenia el de agresor por que peleaba por destruirlos y por establecer novedades, gravitando sobre mí solo el peso de la acusacion, sin embargo de que la guerra de la revolucion no ha sido otra cosa que el resultado del estado de la Europa. Esta era la crisis que mudaba sus costumbres, y esta la consecuencia inevitable del paso de un sistema social á otro. Si yo hubiese sido el inventor de este sistema, habria tenido la culpa de los males que causó; pero no se inventó por persona alguna, y lo produjo solo la marcha del tiempo. Ella preparó sordamente esta revolucion, como habia conducido la del protestantismo, con las desgracias que le siguieron. La guerra ha dependido tanto de mí, como de los aliados, ó mas bien dicho ha dependido del modo con que fue creado el género humano.

Los ingleses continuaron la guerra sin auxiliares: pero no sin aliados, pues tenían por tales todos los enemigos de la revolución. En España había terreno para batirnos, y allí volví á enviar mis tropas, habiendo hecho mal en no volver yo mismo, porque solo el interesado hace bien las cosas; pero me hallaba cansado de tantas fatigas, y meditaba además un proyecto que debía dar un nuevo carácter á mi reyno.

Antes de ponerlo en práctica me suscitaron un nuevo inconveniente que no había previsto. Mis tropas ocupaban el Norte, y los Ingleses no tenían bastantes fuerzas para atacarme en aquel punto. En el Mediterraneo era donde su marina les aseguraba la superioridad. Poseían á Malta y disfrutaban de la Sicilia, de las costas de España, del Africa y de Grecia, y quisieron aprovechar tantas ventajas.

Ellos probaron hacer un movimiento de reacción en Italia, para constituir una segunda España, si fuese posible. Por todas partes había mal contentos porque yo no pude colocar á cada uno

en sus derechos , y lo mismo era en Italia que en otros puntos. El estado eclesiástico no me quería , porque mi reyno habia destruido el suyo , y los devotos me detestaban á su ejemplo. El pueblo bajo participaba de estos sentimientos porque aquel aun tenia influencia en Italia. En Roma se estableció el cuartel general de esta oposicion , como la unica ciudad de Italia donde pensaba substraerse de mi vigilancia. Desde allí comunicaba con los Ingleses , y promovia la sublevacion; me insultaba en escritos clandestinos y esparcia falsos rumores : hacia reclutas para los Ingleses ; pagaba los vandidos del Cardenal Rufo para asesinar á los franceses , é intentaba incendiar el palacio del Ministro de la policia en Nápoles; siendo indudable que los Ingleses tenian un plan sobre la Italia , y que fomentaban las turbulencias.

Yo no debia permitirlo ni tolerar que se insultase y asesinase á los franceses. Me conformaba con dar repetidas quejas á la santa Sede , de la que recibia obsequiosas contestaciones , para obligarme á tener paciencia ; y como jamas he sido

de un natural pacífico, advertí que habia una decidida mala voluntad contra nosotros, y que era necesario anticiparse para impedir la esplosion, por lo que hice que mis tropas ocupasen á Roma.

En lugar de contener la efervescencia esta medida (á la verdad un poco violenta) irritó los espíritus. Ella mantuvo la tranquilidad en Italia, y retardó los planes de Lord Bentinck; pero la clase devota, hizo secretamente contra mi todo lo que puede sugerir el ódio y el espíritu de la Iglesia.

Este volcan de turbulencias tenia sus ramificaciones en Francia y en Suiza. El estado eclesiástico, los mal contentos, y los partidarios del antiguo régimen (por que aun los habia) se reunieron para intrigar contra mi autoridad, y hacerme todo el mal posible. No se presentaban como conjurados, sino que acogiéndose bajo las banderas de la Iglesia, se batian con excomuniones y no con el cañon. Tenian su contraseña de órden y reunion, y era una sociedad orthodoxâ que yo no podia sorprender en ninguna parte, porque estaba en todas.

Ademas era dificil atacar á esta gente en detall , porque hubiera sido una persecucion , y este es el partido que toman los débiles y que detestan los fuertes. Crei poder disipar este complot, atemorizándolo con un gran golpe de autoridad. Quería demostrarles mi resolucion , haciéndoles entender que deseaba mantener el respeto al órden , y que me costaba poco conseguirlo.

Sabia que el modo mas seguro de hacerme dueño de aquel partido era separarlo del Gefe de la Iglesia. Me detuve mucho tiempo antes de tomar esta resolucion , porque me resistia á verificarlo; pero en proporcion que la retardaba se hizo mas necesario el que me decidiese. Traia á la memoria que Carlos V , que era mas devoto y menos poderoso que yo, se atrevió á hacer prisionero á un Pontífice , y no habiéndole resultado mal alguno, crei poder hacer yo lo mismo; por cuya razon fué extraido de Roma el Pontífice; conducido á Savona , y Roma agregada á la Francia.

Este hecho político bastó para desbaratar los proyectos del enemigo , perma-

neciendo la Italia pacífica y sometida hasta el día en que tuvo fin el Imperio; pero la guerra de la Iglesia continuaba con el mismo encarnizamiento. El celo de los devotos se reanimó, y aunque su acción era lenta, no dejaba de ser venenosa contra mí. Por mucho cuidado que yo pusiese en lo contrario, los devotos llegaron á comunicarse con la Savonia y á recibir sus instrucciones. Los religiosos de la Trapa de Fribourg, dirigian esta correspondencia, que se imprimia por ellos y circulaba de uno á otro curato, en todo el Imperio. Fué necesario trasladar el santo Padre á Fontainebleau, y desterrar los de la Trapa para impedir estas comunicaciones; y sin embargo creo que no lo conseguí.

Esta pequeña guerra causaba mal efecto, porque no pude quitarle el carácter de persecucion. Debia proceder rigurosamente contra gente desarmada y á mi pesar tenia que inmolar víctimas. Estas desgraciadas ocurrencias de la Iglesia causaron hasta quinientos prisioneros de Estado; pero razones políticas obligaron á publicar menos de cincuenta. Me conduje mal en todo este negocio, y aunque

era bastante sereno para despreciar fábulas, hice mucho daño, queriendo impedirlo.

Un gran proyecto ocupaba el Estado. Me parecía conveniente consolidar mi reino, presentándome á la faz de la Europa con una nueva consideracion, de lo que esperaba grandes resultados. Mi poder era incontestable, y ninguna otra cosa le faltaba, sino el carácter de perpetuidad que no podia adquirir mientras no tuviese heredero. Sin esta condicion mi muerte podia ser un momento perjudicial á mi dinastía, porque toda autoridad para ser perfecta debe tener prevenidas las épocas sucesivas.

Conocia la necesidad de separarme de una esposa, de quien no podia esperar sucesion, y me era sensible dejar la persona que mas he amado. Estuve mucho tiempo sin resolverme; pero ella misma se resignó por el afecto que siempre me tuvo, y acepté su sacrificio porque era indispensable. La política mas sencilla me indicaba la alianza con la casa de Austria. La córte de Viena se hallaba cansada de sus desgracias, y uniéndose para siempre

conmigo, ponía su seguridad bajo mi garantía, haciéndose por esta alianza participante de mi grandeza, y teniendo yo desde entonces tanto interés en protegerla como había tenido en batirla. Por último con este contrato (que tuvo efecto) establecíamos el poder mas formidable que jamas ha existido, y que era muy superior al del Imperio Romano.

Solo la Rusia y las reliquias de la Prusia estaban en el continente fuera de los límites de nuestro poder; el resto nos obedecía. Una preponderancia tan grande debía hacer decaer de ánimo á los enemigos, y pude creer, sin necesidad de mucha prevision, que había acabado mi obra, y colocado mi trono al abrigo de toda persecucion.

Mi cálculo era justo, pero las pasiones no tienen cálculo. La apariencia obraba en mi favor. El continente se hallaba tranquilo, y se iba acostumbrando á verme en el trono; á lo menos asi me lo testificaba su profunda humillacion, capaz de haber engañado á otro mas hábil que yo. El respeto que debian á la sangre de la casa de Austria, legitimaba mi Rey-

no á los ojos de los Soberanos. Mi dinastía tomaba elevacion en la Europa, y me persuadí que no se disputaria el trono al hijo que la Emperatriz acababa de dar á luz.

No habia inquietudes sino en España donde los Ingleses habian conducido grandes fuerzas ; pero esta guerra no me incomodaba , porque estaba resuelto á ser mas tenaz que los Españoles , y porque con el tiempo se consigue todo. El Imperio era bastante poderoso , para sostener la guerra sin recibir perjuicio, ni impedir el que yo embelleciese á la Francia , y continuase cuantas empresas eran de su utilidad. La administracion se mejoraba, y se organizaban las instituciones que debian asegurar la fuerza del Imperio, realzando una generacion que habia de ser su apoyo.

La obligacion de mantener el sistema continental ofrecia solo dificultades con los gobiernos , cuya localidad facilitaba el contrabando. Entre aquellos Estados, la Rusia se hallaba en una situacion que presentaba mas dificultades. Su civilizacion estaba poco adelantada , para permi-

tirle carecer de los productos de la Inglaterra. Sin embargo yo exigia que fuesen prohibidos. Este fue un absurdo, pero indispensable para completar el sistema prohibitivo. El contrabando se hacia, y yo lo habia previsto, porque el Gobierno Ruso vigila poco su pais, pero como se pasa con menos facilidad por las puertas cerradas que por las abiertas, el contrabando introduce siempre menos mercaderias que la libre entrada, y yo llenaba las dos terceras partes de mi obgeto. Sin embargo me quejaba lo mismo: se justificaban: volyian las reconvençiones, y al fin llegamos á irritarnos, no pudiendo subsistir este modo de entendernos.

Nosotros debiamos en efecto chocar con la Rusia despues de la alianza contratada con el Austria, porque debiendo saber la Rusia que nuestra union politica no podia tener otro enemigo que ella, (atendido á que eramos dueños del resto del continente) era necesario que se conformase con prestarnos una nulidad complaciente, ó que se preparase á hacernos frente, si habia de mantener su gerarquia. Era demasiado fuerte para consentir en ser

nada, y demasiado débil para resistirnos; pero en esta alternativa le convenia mas presentar firmeza en su actitud, que reconocerse de antemano por vencida, y siendo este último partido el peor, se decidió la Rusia por el primero.

Adverti, cuando menos lo esperaba, cierta arrogancia en las relaciones políticas de Petesbourg. Se negaron á la confiscación de los efectos de contrabando, quejándose al mismo tiempo de que yo hubiese ocupado el pais de Oldembourg; y como mis contestaciones fuesen correspondientes al tono que ellos usaban, y ni ellos ni yo teniamos sufrimiento, indispensablemente ibamos á venir á las manos.

Mi confianza en el buen resultado de esta guerra era grande, y lo fundaba en el plan que habia concebido, por medio del cual esperaba dejar terminada la dilatada contienda en que habia consumido mi vida. Me parecia ademas que llegados al estado en que nos hallabamos, los Soberanos de la Europa no debian tomar parte directa en esta última guerra, porque nuestros intereses se identificaban. Por el contrario la política de los Princi-

pes debía inclinarse á mi favor, porque mi profesion no era ya la de destruir tronos sino la de afirmarlos. Yo habia vuelto á hacer formidable la dignidad de los Reyes, en lo cual trabajé por su causa, y con mi alianza estaban seguros de reinar al abrigo de la guerra y de las revoluciones.

Esta política era de tal consideracion, que crei en los Soberanos bastante penetracion para concebirla, y no desconfiaba de ellos. En efecto ¿quien hubiera podido adivinar que seducidos por el odio que me profesaban, abandonasen el partido del tronó, é introdujesen ellos mismos la revolucion en sus estados, para ser tarde ó temprano las victimas?

Calculé que la Rusia tenia demasiada extension para poder entrar jamas en el sistema Europeo que yo acababa de rehacer, y cuyo centro era la Francia. Se hacia preciso dejarla fuera de la Europa, para que no perjudicase la unidad de este sistema: era necesario dar á esta demarcacion política, fronteras bastante solidas para resistir al peso de toda la Rusia; é indispensable reponer aquel Estado en el lu-

gar que ocupaba cien años antes.

Solo la gran masa de mi imperio era capaz de intentar semejante acto de violencia política, pero creia que fuese posible, y el único medio de poner al mundo á cubierto de los Cosácos. Para que tubiese efecto este plan, debia restablecer la Polonia sobre una base substancial, y batir á los Rusos, para obligarlos á aceptar las fronteras que se iban á trazar con la punta de la espada. La Rusia hubiera podido sin deshonor, firmar la paz que debiese establecer sus fronteras, porque nada hubiera tenido de afrentosa, respecto á que era un reconocimiento de su poder, y una prueba de temor por nuestra parte.

Colocada asi por mis precauciones fuera de los radios de la economia Europea, y separada de esta economía por trescientas mil guardias, la Rusia hubiera vuelto á la amistad de Inglaterra, y habria conservado su independencia política, y el modo de existir en su integridad; porque hubiera sido para nosotros tan estrangera como el Reino del Thibet.

Nada habia mas puesto en razon que este plan, cuya pérdida se echará

menos tarde ó temprano ; pues colocada la Europa , por consentimiento mutuo , bájo un sistema único , y refundido sobre el modelo que pedia la disposicion del siglo , hubiera ofrecido el mas grande espectáculo que la historia ha descrito ; pero la demasiada prevencion obstruia los ojos de los Soberanos , que no podian conocer el daño donde verdaderamente existia , creyendo verlo donde se hallaba el remedio.

Parti para Dresde. Esta guerra decidiria la cuestion que se disputaba desde veinte años á la fecha , debiendo ser la última , en el supuesto de que mas allá de la Rusia se acababa el mundo. Nuestros enemigos tenian solo un momento que aprovechar y por eso intentaron hacer el último esfuerzo. La córte de Austria principió por desorganizar mis planes acerca de la Polonia , resistiéndose á devolverle lo que le habia tomado , y yo me consideré obligado á guardarle consideraciones , cuya debilidad desbarató todos mis planes ; porque desde el momento que cedí en este punto me fue imposible abordar francamente la cuestion de la inde-

pendencia de Polonia , viéndome precisado á dividir este pais, sobre el que debia reposar la seguridad de la Europa. Por mi debilidad se disgustaron los Polacos, y entraron en desconfianza, porque conocieron los sacrificaba á mi conveniencia. Advertí mi falta y me avergonzaba de ella, no queriendo ir á Varsovia donde nada tenia que hacer por el momento, ni otro partido que tomar, que el de librar en mis victorias sucesivas la suerte de aquella Nacion.

Sabia que la temeridad suele producir fruto, y discurri que me seria posible lograr en una sola campaña lo que habia pensado hacer en dos; esta celeridad me agradaba porque mi caracter habia empezado á inquietarse. Me hallaba á la cabeza de un ejército que no tenía otros sentimientos que los de la gloria, ni otra patria que el campo de batalla. En lugar de asegurar mi territorio, y avanzar á golpe seguro, atravesé la Polonia y pasé el Niemen. Bati los ejércitos que se me opusieron, y marchando sin detencion entré en Moskow. Este fue el término de mis buenos sucesos, y debió haberlo sido

*

de mi vida. Dueño de una capital que los Rusos reduxeron á cenizas, debi creer que este Imperio se reconoceria vencido, y que aceptaria las brillantes condiciones de paz que le propuse, pero entonces fue cuando la fortuna abandonó nuestra causa. La Inglaterra concluyó un tratado entre la Rusia y la Puerta, que dexó disponible el ejército de la primera. Un frances, que por casualidad habia subido al trono de Suecia, hizo traicion á los intereses de su patria y se alió con sus enemigos, en la esperanza de cambiar la Finlandia con la Noruega.

El mismo trazó el plan de defensa á la Rusia, y la Inglaterra se opuso á que aceptase la paz. Yo estaba admirado de que se retardase su conclusion. La estacion se abanzaba; y desde que me aseguré que no querian la paz, determiné la retirada. Los elementos la hicieron cruel, y los franceses adquirieron el mayor honor por la firmeza con que soportaron los reveses, acreditando que jamas pierden el valor sino con la vida.

Conmovido yo mismo con la vista de aquel desastre, tuve necesidad de recor-

dar que un soberano no debe jamas manifestar debilidad, ni doblegarse.

La Europa se hallaba mas admirada de mis reveses que lo habia estado de mis victorias, pero yo no debia equivocarme su admiracion. Acababa de perder la mitad de aquel ejército que habia causado su terror, y podian esperar vencer los restos, porque habia cambiado la situacion de la fuerza, debiendo preveer que pasado el primer asombro, volveria á tener contra mi la constante coalicion, cuyas voces de alegria resonaban ya en mis oidos.

No hay peor momento para hacer la paz que el de una derrota. Pero sin embargo el Austria que se complacia en ver disminuido mi poder, pues se mejoraba la parte que tenia en mi alianza, propuso la paz ofreciendo su mediacion; pero tenia perdido su crédito.

Era preciso vencer de nuevo, y estaba seguro de lograrlo, desde que adverti que la Francia participaba de mi opinion. Jamas ha presentado la historia un gran pueblo bajo mejor aspecto. Contristado por sus pérdidas, solo discurria el modo de repararlas; y lo consiguió en tres me-

ses. Este hecho responde á la charlatanería de los hombres que no saben triunfar sino con los desastres de su patria.

Quiza me debe la Francia, en parte, la actitud que conservó en la desgracia, y si hubo en mi carrera un momento que merezca el aprecio de la posteridad, debe ser aquel, por el trabajo que me costó sostenerlo.

De nuevo me presenté á la Europa para abrir la mas formidable campaña. El enemigo se sorprendió de volver á ver tan pronto nuestras águilas. El ejército que mandaba era mas belicoso que agueruido, pero llevaba consigo el patrimonio de una dilatada gloria: y lo conducia al enemigo con confianza. Tenia que cumplir un gran deber, porque era necesario restablecer nuestro crédito militar, y emprender de nuevo la lucha que habia estado cerca de terminarse.

Yo conservaba todavia la Italia, la Holanda y la mayor parte de las plazas de Alemania, habiendo perdido muy poco terreno; pero los Ingleses redoblaban sus esfuerzos; la Prusia nos hacia la guerra por insurreccion; los Príncipes de la

Confederacion estaban prontos á marchar en socorro del mas fuerte , y como yo lo era aun , seguian mis banderas ; pero con lentitud. El Austria procuraba conservar la dignidad de los neutrales mientras que corrian la Alemania sublevando los pueblos contra nosotros. Todo mi sistema se hallaba destrozado.

La suerte del mundo debia decidirla el acaso porque no habia plan determinado en parte alguna. Todo dependia de una batalla , y era la Rusia la que debia terminar la cuestion , porque se batia con grandes fuerzas y de buena fé.

Ataqué el ejército Pruso-Ruso batiéndolo tres veces , y como estas victorias desorganizaban los planes de los adictos á la Inglaterra , aparentaron abandonar los proyectos hostiles, y comisionaron al Austria para que me propusiese la paz.

Las condiciones eran tolerables en la apariencia, y muchos, puestos en mi lugar, las hubieran aceptado, porque no se pedia otra cosa que la restitucion de las provincias Illyriennes , y de las ciudades Anseáticas ; el derecho de nombrar soberanos independientes de los reinos de Italia y

Holanda ; la retirada de mis tropas de la España , y la restitucion del Sumo Pontífice á Roma. Tambien debian haberme pedido que renunciase á la Confederacion del Rhin y á la mediacion de la Suiza , pero tenian instrucciones de ceder sobre estos dos artículos.

Mi opinion sin duda se hallaba muy debilitada , en atencion á que despues de tres victorias se tenia el atrevimiento de proponerme que abandonase unos estados que los aliados aun no se habian determinado á invadir.

Si yo hubiera consentido recibir la paz , el Imperio se habria arruinado en menos tiempo que consiguió elevarse. Quedaba por este tratado todavia poderoso en el mapa ; pero nada era en la esencia , y el Austria habia roto nuestra alianza en el mero hecho de haberse elevado á la dignidad de mediadora y unídose al enemigo.

El restituir las ciudades Anseáticas, hubiera sido confesar que estaba en el caso de hacer devoluciones , y esto solo daria motivo para que todos hubiesen querido recobrar su independendencia : colocaba

la insurrección en los países reunidos y abandonando la España, daba vigor á todas las oposiciones; y sobre todo depouiendo la corona de hierro, ponía también en compromiso la del Imperio; razones por las que se convence que las consecuencias de la paz me eran siempre funestas, al paso que las de la guerra podían salvarme.

Es indispensable decirlo de una vez. Eran demasiado grandes los sucesos y los reveses que marcaban mi historia para dar una suspensión á mis procedimientos. Era necesario que la revolución del siglo 19 se perfeccionase sin temor de retroceso, ó que se sofocase bajo montones de cadáveres. El resultado de esta cuestión tenía en expectativa al mundo entero. Si yo hubiera firmado la paz en Dresde, habria quedado indecisa, y me hubiera visto precisado á entablar de nuevo la guerra; principiándola cuando ya no era jóven, y cuando tenía á mi cargo un Imperio fatigado, á quien habia prometido la paz, y que me censuraria el no haberla admitido.

Convenia mejor aprovechar el unico

momento en que el destino del mundo dependia de una sola batalla, y en el que hubiera quedado á mi disposicion si la hubiese ganado.

Yo reusé la paz, y como cada uno vé las cosas á su medida, el Austria no vió sino mi imprudencia, y creyó que era la ocasion favorable de unirse á mis enemigos. No me convencí de esta desunion hasta el último momento; pero me hallaba en el caso de soportarla, pues estaba hecho mi plan de campaña, que debia producir un resultado decisivo.

El inconveniente de los grandes exercitos es que el General no puede hallarse en todas partes. Mis maniobras eran, á mi entender, las mejores que habia conuinado jamas; pero el general Vandamme abandonó su posicion, y se dejó hacer prisionero. Macdonald, creyendo ascender á Mariscal del imperio, estuvo proximo á perecer en las invasiones del exercito contrario. El mariscal Ney se dexó francamente batir y mi plan fue desbaratado en pocas horas.

Fui batido y determiné la retirada, quedando todavia bastante fuerte para

volver á tomar la ofensiva mudando de posicion. No queria perder las ventajas de las plazas que ocupaba, pues con una sola victoria seria nuevamente dueño del Norte hasta Dantzick. Por el contrario reforcé sus guarniciones mandando se sostuviesen hasta el ultimo extremo, y en esta parte egecutaron mis ordenes.

Me retiraba lentamente con un ejército respetable; pero me retiraba, y los enemigos me seguian engrosandose, por que nada aumenta los ejércitos como las victorias. Toda la enemistad que el tiempo habia reunido se sublevó de una vez. Los Alemanes querian vengarse de los males de la guerra y el momento les era propicio por que yo habia sido vencido. La tierra producía enemigos, como lo tenia previsto, y los esperé en Leipsick en las mismas llanuras en que poco antes habian sido batidos.

Nuestra posicion no era buena por que eramos atacados en semi-circulo y aun la victoria misma no hubiera podido tener buenos resultados para nosotros. En efecto tuvimos la ventaja el primer dia, pero sin poder recuperar la ofensiva, sien-

do aquella una batalla sin efecto que era preciso volver á empezar. El ejército se batia bien, sin embargo de su laxitud; pero en aquel momento (por un hecho que la posteridad designará como quiera) los aliados que peleaban en nuestras filas volvieron repentinamente las armas contra nosotros y fuimos vencidos.

Tomamos el camino de la Francia, pero una retirada tan larga no pudo hacerse sin desorden. La fatiga, y la hambre hicieron perecer mucha gente. Los Bavaros despues de haber desamparado nuestras banderas, quisieron impedirnos volver á Francia. Los franceses pasaron sobre sus cadáveres y entraron en Maguncia, costandonos esta retirada tanta gente como la de Rusia.

Nuestra pérdida fue tan grande que yo mismo me consterné de ella. La nacion se hallaba abatida, y si los enemigos hubiesen seguido su marcha, hubieran entrado con nuestra retaguardia en París; pero el aspecto de la Francia los intimidó y permanecieron mucho tiempo en nuestras fronteras antes de atreverse á pasarlas.

No se trataba ya de la gloria, sino del honor de la Francia, y por eso contaba con los franceses; pero como no era ya dichoso me sirvieron mal. No acuso de ello al pueblo, siempre pronto á verter su sangre por la patria: tampoco me quejo de traición por que es mas difícil hacerla que lo que se cree. Solo acuso al desaliento, fruto ordinario de la desgracia y del que no estuve exento. El hombre acobardado permanece indeciso por que nada vé delante de sí que sea bueno y ninguna cosa tienen de peccar los negocios que la indecision.

Yo hubiera debido desconfiar de este abatimiento general, y proveher á todo por mí mismo, pero me confié de un ministerio lleno de terror, en el que todo se egecutaba mal. Las plazas fuertes no estaban reparadas ni provistas por que no habian sido amenazadas por el espacio de veinte años. El zelo del paisanage ocurrió á este daño, pero la mayor parte de los comandantes eran viejos enfermos que se hallaban destinados en ellas como por descanso de sus servicios militares. Casi todos mis prefectos eran timidos y solo

pensaban en preparar la fuga en lugar de defenderse. Yo hubiera debido mudarlos á tiempo para no tener en los primeros puestos sino hombres intrépidos, si es que se encuentran entre los que tienen que perder.

Nada habia pronto para nuestra defensa cuando los Suizos entregaron á los aliados el paso del Rhin. Los enemigos á pesar de su victoria no se habian atrevido á abordarlo de frente, y abanzaron con cautela. Se hallaban asustados de marchar sin obstaculos sobre un pais que creian sembrado de bayonetas, pero no encontraron nuestra vanguardia hasta Langres.

Entonces dió principio esta campaña demasiado conocida para que yo la repita, y que dexará un nombre inmortal á aquella pequeña porcion de valientes que no desconfiaron de la salvacion de la patria. Ellos me volvieron la confianza y creí por tres ocasiones que nada era imposible con tales soldados.

Tenia todavia un ejército en Italia y fuertes guarniciones en el Norte; pero habia poco tiempo para hacerlas venir á

nuestro socorro, siendo necesario vencer en el acto. La suerte de la Europa se hallaba concentrada en mi solo y nada habia importante sino el punto en que yo estaba.

Los aliados me ofrecieron la paz; (tanto era lo que desconfiaban de conseguir ventajas); pero despues de haberla reusado en Dresde, no podia admitirla en Chatillon. Para hacer la paz era necesario salvar á la Francia y volver á poner nuestras águilas sobre el Rhin.

Despues de semejante tentativa nuestras armas hubieran sido tenidas por invencibles. Los enemigos hubieran temblado al aspecto del hado que me daba la victoria. Dueño aun del medio dia y del Norte por mis guarniciones, una sola batalla me volvia mi preponderancia, y hubiera sido tan glorioso en los reveses como lo fui en las victorias.

Este resultado se hallaba muy proximo por que mis evoluciones habian tenido buen efecto. El enemigo estaba desalentado y sin tino: una comocion general iba á acabarlo todo, faltandole solo un momento, pero mi pérdida estaba decidi-

da. Un correo que tuve la imprudencia de dirigir á la Emperatriz , cayó en manos de los aliados y vieron que estaban perdidos. Un corso que se hallaba en su consejo les dió á entender que la prudencia era mas perjudicial que la audacia y tomaron el unico partido bueno que les quedaba y que yo no habia previsto, adelantandose y marchando sobre París.

Les habian ofrecido facilitarles la entrada , pero esta promesa hubiera sido ilusoria si yo hubiese puesto la defensa de Paris en mejores manos. Confié en el honor de la Nacion , pero cometí la necedad de dejar en libertad á aquellos que sabia carecian de él. Llegué muy tarde á su socorro , y esta ciudad , que no supo defender ni á sus Soberanos , ni sus murallas , habia abierto las puertas al extranjero.

Acusé al general Marmont de haberme hecho traicion , pero hoy le hago justicia. Ningun soldado ha vendido la fe que debia á su pais : en otra clase de gente se ha encontrado la perfidia , pero no fui dueño de un primer movimiento de dolor , viendo firmada la capitulacion

de Paris por mi mas antiguo hermano de armas.

La causa de la revolucion se hallaba perdida , pues yo estaba vencido. No eran ni los realistas , ni los cobardes, ni los descontentos , los que me habian destruido , sino los exércitos enemigos ; y los aliados eran dueños del mundo , porque ya no podia disputarles su imperio.

Yo estaba en Fontainebleau rodeado de una tropa fiel , pero poco numerosa. Ann hubiera podido probar con ella la suerte de los combates , porque era capaz de acciones heroicas ; pero la Francia hubiera pagado muy caro el placer de esta venganza , adquiriendo el derecho de acusarme de sus males ; y me sometí , porque no quise que ella me imputase otra cosa que la gloria á que habia elevado su nombre.

Me propusieron la abdicacion , y conceptué que era una necedad , respecto á mis intereses , pues habia abdicado desde el dia que fui batido ; pero pudiendo servir esta fórmula algun dia á mi hijo , no dudé en firmarla.

Un partido numeroso deseaba que es-

te niño subiese al trono para conservar la revolucion con mi dinastia, pero era imposible : los mismos aliados no podian escoger , y se veian obligados á colocar en él nuevamente á los Borbones. Cada uno se atribuia la gloria de haber sido el móvil de su vuelta al trono , pero á nadie se debia , sino á la necesidad , pues era una consecuencia inmediata de los principios porque se habia combatido hacia veinte años. Cuando recibí la corona puse los derechos del trono bájo el amparo de los pueblos , y restituyéndola á los Borbones , la ponia bájo la proteccion de soldados dichosos. Este era el único modo de extinguir para siempre el fuego revolucionario ; y el llamar cualquier otro Soberano para reinar en Francia , no hubiera sido otra cosa que sancionar solemnemente la revolucion , ó un hecho de insensatez contra los derechos de los Soberanos.

Diré mas : la vuelta de los Borbones era una felicidad para la Francia , porque la libertaba de la anarquia , y le prometia el reposo , asegurándole la paz. Esta era indispensable entre los aliados y

los Borbones , pues con ella se protegían mutuamente , y la Francia no era cómplice en esta paz , porque no se trataba de su utilidad , sino de la de la familia que convenia á los aliados poner en el trono. Éste era un tratado con el que se queria agradar á todos , y el mejor modo de que la Francia se pudiese escusar de la mayor derrota que una Nacion guerrera ha podido jamas experimentar.

Yo era prisionero , y esperaba ser tratado como tal , pero sea por la especie de respeto que inspira un antiguo guerrero , ó por el espíritu de generosidad que ha dirigido esta revolucion , me propusieron que escogiese un asilo. Los aliados me cedieron una isla y un título, que consideraron tan nulo el uno como el otro. Me permitieron (y en esta parte su generosidad fue muy noble) llevar en mi compañía un pequeño número de aquellos Soldados viejos que habian corrido conmigo tantas fortunas , y algunos de aquellos hombres , á quienes la desgracia no desalienta.

Separado de mi esposa y de mi hijo, contra todas las leyes divinas y huma-

*

nas , me retiré á la Isla de Elba sin ninguna especie de proyecto para lo sucesivo. Quedé reducido á un mero expectador del siglo , pero sabia , mejor que ningun otro , en qué manos iba á caer la Europa : sabia ademas que ella seria conducida por el acaso , y que los efectos de este acaso podian volverme á poner en juego. Sin embargo , la impotencia de contribuir á él , me impedia formar planes , viviendo en la historia como un extranjero , pero la marcha de los acontecimientos se precipitó mas que lo que yo creia , y me sorprendieron en mi retiro. Recibia los diarios que me instruian del pormayor de los negocios , y al traves de sus mentiras procuré conocer el verdadero espíritu de las cosas.


Me pareció que el Rey habia descubierto el secreto de nuestro siglo , conociendo que la mayoría de la Francia queria la revolucion : que sabia por la experiencia de veinte y cinco años que su partido era muy débil para resistir á la mayoría que acaba siempre por dar la ley ; siendo indispensable para reinar que lo hiciese de acuerdo con la misma , es

decir, con la revolucion, y que, para no ser revolucionario, rehiciese de nuevo dicha revolucion en fuerza del derecho Divino que le estaba conferido.

Esta idea era ingeniosa, pues hacia á los Borbones revolucionarios con seguridad de conciencia, y á los revolucionarios realistas, conservando sus intereses y opiniones. No debia pues haber mas que un corazon y un alma en la Nacion, y esto era lo que se repetia, pero no lo cierto.

Sin embargo, se sacaba tanto fruto de esta combinacion, que la Francia, bájo su régimen, hubiera florecido en pocos años, y el Rey hubiera resuelto con solo un rasgo de su pluma el problema porque yo habia combatido veinte años, puesto que establecia la nueva economia política en Francia, y la hacia reconocer sin contestacion en toda la Europa. Ninguna otra cosa le faltaba para conseguirlo que el saberse gobernar.

Para llevar á efecto esta grande obra, el Rey habia formado una Constitucion, fundada en los mismos principios que lo estan todas las demas, y que era exce-



lente , porque lo son todas cuando se ponen en execucion ; pero como las constituciones no son mas que hojas de papel , no tienen otro valor que el que les da la autoridad que se encarga de defenderlas , y en parte alguna de Francia existia esta autoridad. En lugar de reunirse en las solas manos que tenian su responsabilidad , dejó el Rey que se dividiese entre todos los partidos que llevaban su nombre , y en lugar de ser el Gefe del Estado , se dejó constituir en Gefe de partido. Todo tomó en Francia un color faccioso , y se estableció la anarquía.

Desde entonces no hubo mas que inconsecuencia y contradiccion en todo el sistema de la córte, desmintiendo las obras á las palabras porque en el fondo del corazon se queria otra cosa diversa de la que existia. El Rey habia formado una Constitucion, para impedir que se la formase el pueblo, pero era evidente que pasado el primer momento esperaban los realistas destruirla paso á paso , porque no les acomodaba.

Sólo se colocaron piedras angulares en el edificio del gobierno : se restableció la

nobleza , pero no habiéndosele dado ni prerrogativas ni poder , no era Democrática porque era exclusiva, ni Aristocrática porque nada suponía en el Estado , de suerte que se habia hecho un mal servicio á la nobleza restituyendola sobre este pie, pues siendo ofensiva al pueblo se le dejaba expuesta sin darle armas para defenderse , y esta era una contradiccion que debia atraer continuos choques.

Se quiso restablecer el Estado eclesiástico, pero se escogió un Obispo secularizado para reparar el trono y el altar: se pretendió hacer olvidar la revolucion , y resucitaron sus cenizas : se queria poner en movimiento la revolucion del año de 89 con los realistas , y la contra revolucion del 31 de marzo con los ex-Constitucionales , pero en ambas cosas obraron desafortunadamente, porque no se hacen revoluciones sino con hombres que nacen con ellas , y por esta razon el Rey no debió haberse servido sino de jóvenes de veinte años : se pretendia sostener la revolucion y se envilecian sus instituciones, desanimando de este modo el cuerpo de la Nacion que se habia criado con ellas, y acostumbrado á respetarlas.

Conservaban mis soldados porque les tenían miedo, y se les pasaba revista por gente que hablaba de gloria, solo por haber saludado á los Cosacos.

Nadie tenía confianza en lo que existía, porque en ninguna parte se veía un punto de apoyo. No lo había en los intereses porque se hallaban comprometidos; ni en las opiniones porque estaban en continuo choque: ni en la fuerza porque no había á la cabeza de los negocios, ni brazos, ni voluntad.

Yo estaba bastante bien informado de lo que pasaba en el Congreso de Viena donde se divertían en ridiculizarme. Supe á tiempo, que los ministros de Francia habían decidido al Congreso, á sacarme de la Isla de Elba para desterrarme á la de Santa Elena, y me costó mucho trabajo el creer que el Emperador de Rusia hubiese consentido tan pronto en faltar á la fe de los tratados, pues hice siempre mucho aprecio de su carácter, mas convencido de la certeza pensé en el modo de substraerme de la suerte á que se me destinaba.

Mis déviles medios de defensa, bien

pronto hubieran sido destruidos, y por eso debia probar el modo de adquirirlos mayores, para hacerme por segunda vez temible al enemigo.

La Francia no tenia confianza alguna en su Gobierno: el gobierno tampoco la tenia en la Francia. La Nacion conocia que sus intereses no eran los del trono, y que los del trono tampoco eran los suyos; siendo aquella una mútua traicion que deberia perder al uno ó al otro. Era ya tiempo de prevenirla, y concebí un proyecto que parecerá atrevido, pero que en realidad era muy puesto en razon.

Pensaba volver á ocupar el trono de la Francia. Por débiles que fuesen mis fuerzas eran mayores que las de los realistas, porque tenia por aliado el honor de la Patria que jamas se extingue en el corazon de los Franceses.

Confiado en este apoyo pasé revista á la pequeña tropa á quien destinaba tan grande empresa. Los soldados estaban mal vestidos, porque no habia tenido con que equiparlos pero eran de corazones intrepidos.

Mis preparativos no duraron mucho

porque solo llevaba armas, y opinaba que los franceses nos proveerian de todo. El coronel Ingles que me custodiaba habia pasado á divertirse á Liorna, y me hice á la vela con un buen viento.

Nuestra pequeña flota no padeció accidente alguno, durando la travesia solo cinco dias, al cabo de los cuales volví á ver las costas de Francia, cerca de la misma playa donde habia tomado tierra quince años antes, á mi vuelta de Egipto. La fortuna parecia sonreirseme como antes, y como antes volvia á aquel pais de gloria, para restablecer sus aguilas y hacerlo independiente.

Desembarqué sin obstaculo, y me restituia á Francia desgraciado. Mi comitiva consistia en un pequeño número de amigos y hermanos de armas que habian participado conmigo de la fortuna y la desgracia; pero este era un nuevo motivo para adquirirse el respeto, y el amor de los Franceses.

Yo no tenia plan determinado porque solo poseia datos muy vagos sobre el estado de las cosas. Aguardaba mi decision de los acaecimientos, y solo habia to-

mado algunos partidos para los casos probables.

Solo tenia un camino que seguir porque me faltaba punto de apoyo. Grenoble era la plaza fuerte mas vecina, y marché hácia ella con la brevedad posible, porque queria saber á que atenerme á cerca de mi empresa. La acogida que tuve en mi marcha superó mis esperanzas, confirmando mi proyecto, y observé que la parte del pueblo que no se habia corrompido por pasiones, ni por intereses, conservaba un carácter varonil al cual ofendia la humillacion.

Descubrí al fin la primera tropa que dirigieron contra mi: eran soldados míos y me adelanté sin temor (tan seguro estaba de que no se atreverian á hacerme fuego). Ellos volvian á ver su Emperador marchando á la cabeza de aquellos antiguos maestros de la guerra, que tantas veces les trazaron el camino de los combates. Yo era todavia el mismo, puesto que les llevaba la independendencia con mis águilas.

¿Quién no hubiera creído que los soldados franceses titubearian un momento

entre los juramentos prestados de oficio bajo las banderas del extranjero, y la fé que habian jurado á aquel que venia á libertar á la patria? El pueblo y los soldados me recibieron con las mismas aclamaciones de alegría. Yo no tuve otro obsequio que estas aclamaciones, pero ellas valian mas que los mejores aparatos, por que me prometian el trono.

Esperaba hallar alguna resistencia de parte de los realistas, pero me equivoqué: no me opusieron alguna, y entré en Paris sin verlos, como no fuese en las ventanas. Nunca empresa mas temeraria en la apariencia, costó menos trabajo en su ejecucion, y fué porque estaba conforme con el voto de la nacion, y porque todo se hace fácil cuando se sigue la opinion.

La revolucion termino en veinte dias sin haber costado una sola gota de sangre. La Francia cambió de aspecto, y los realistas ocurrieron á pedir socorro á los aliados. La nacion vuelta en sí recobró su vigor. Era libre, pues acababa de hacer, colocándome en el trono, el acto mas grande de espontaneidad que pertenece á los pueblos. Yo no me encontraba en aque-

lla situacion sino por su eleccion, porque no la hubiera conquistado con mis seiscientos soldados. Ella no me temia ya como Príncipe, sino me amaba como su salvador. El tamaño de mi empresa habia hecho desaparecer mis infortunios, y me habia restituido la confianza de los Franceses, siendo de nuevo la persona escogida por ellos.

Jamas el todo de una nacion se ha expuesto á situacion mas peligrosa, con tanto abandono é intrepidez, sin calcular ni el peligro ni las consecuencias. El amor á la independendencia inflamó á aquel pueblo, que la historia colocará con prelación á los demas.

Yo habia reusado la paz que me ofrecian en Chatillon, porque estaba sobre el trono de Francia y me hacia decender mucho; pero podia admitir la que acordaron á los Borbones, porque venia de la Isla de Elba, y se puede uno detener al elebarse y jamas cuando descende.

Creí que la Europa asombrada de mi vuelta y de la energia del pueblo francés, temeria dar principio á la guerra con una nacion cuya temeridad veia, y con un

hombre cuyo carácter por sí solo, era mas fuerte que todos sus exércitos.

Hubiera sucedido así si el Congreso se hubiese disuelto, y hubiesemos tratado uno á uno con los soberanos; pero su amor propio se acaloró porque estaban unidos, y fueron inútiles mis esfuerzos para mantener la paz.

Yo debiera haber previsto este resultado, y aprovechar el primer ímpetu del pueblo, para acreditar hasta qué punto éramos respetables, y el enemigo hubiera temblado de nuestro atrevimiento, cuando por el contrario no vió otra cosa que la debilidad de mi indecision, y tenia razón, porque yo no obraba ya según mi carácter. Mi actitud pacífica adormeció á la nación dejándola creer que era posible la paz. Desde entonces se perdió mi sistema de defensa, porque los medios de oposicion eran inferiores á los riesgos.

Era necesario principiar de nuevo la revolucion para adquirir los recursos que ella ofrece. Era indispensable excitar todas las pasiones para aprovecharme de su ceguedad, sin lo cual no podia salvar la Francia.

Yo hubiera podido arreglar esta segunda revolucion en los mismos términos que la primera ; pero jamas he apreciado las conmociones populares, porque no hay brida que las detenga , y me engañé creyendo que se podian defender las Termopilas, cargando las armas en doce tiempos.

Quise sin embargo hacer una parte de esta revolucion, como si hubiera dudado que nada valen las cosas á medias. Ofrecí á la nacion su libertad porque se quejaba de haberla perdido bajo mi primer reynado , y esta libertad produjo su efecto ordinario, pues dió á las palabras el valor de las acciones. La clase Imperial se disgustó porque destruia el sistema á que estaban unidos sus intereses. El cuerpo de la nacion se manifestó indiferente porque apreciaba poco la libertad, y los Republicanos desconfiaban de mi proceder , porque no era conforme con el que hasta entonces me habian observado.

De este modo establecí yo mismo la desunion en el Estado. Bien lo conocí, pero contaba con la guerra para arreglarlo. La Francia acababa de levantarse con tan-

ta valentia ; habia manifestado tanto menosprecio por lo futuro : su causa era tan justa (puesto que era el derecho mas sagrado de las naciones) que yo esperaba ver tomar las armas á todo el pueblo por un solo grito de honor y de indignacion ; pero ya era tarde.

Conocia el peligro de mi posicion : medía el ataque y la defensa , y observé que no guardaban proporcion. Principié á desconfiar de mis recursos ; pero no era el momento de decirlo. Por un accidente desgraciado me puse enfermo al aproximarse la última crisis. Me hallaba con el alma despezada en un cuerpo mortificado.

Los exércitos se acercaban. En el mio habia voluntad y entusiasmo en el soldado , pero no en los Gefes que estaban fatigados , eran viejos , habian servido mucho en la guerra , y tenian terrenos y palacios. El Rey les habia dejado sus bienes y sus empleos , y venian como aventureros á arriesgarios de nuevo conmigo , principiando su carrera , y por poco amor que tuviesen á la vida , nadie gusta pasarla dos veces : esto es mucho exigir de la naturaleza humana.

Partí para el cuartel general , solo contra todo el mundo , y probé á combatirlo. La victoria nos favoreció el primer dia , pero nos engañó al siguiente. Fuimos vencidos , y la gloria de nuestras armas vino á morir en los mismos campos donde habia nacido veinte y tres años ántes.

Hubiera podido defenderme todavia porque mis soldados no me hubieran abandonado , pero no se queria otra cosa que mi persona. Pedian á los franceses que me entregasen á los enemigos , y esto era pedirles una bajeza para obligarlos á batirse. Yo no valia tanto sacrificio , y debia hacer dimision , no quedándome tampoco otro partido que abrazar. Decidido á entregarme al enemigo , esperaba que se contentarian con los rehenes que iba á depositar en sus manos , y que pondrian la corona en las sienes de mi hijo.

Era imposible colocar á este niño sobre el trono en 1814 , pero la cosa me parecia conveniente en 1815. No digo los motivos : quizá el tiempo los descubrirá.

No dexé la Francia hasta que el ene

migo se acercó al sitio de mi retiro. Mientras no hubo mas que franceses al rededor de mí, quise permanecer en medio de ellos solo y desarmado, siendo esta la última prueba que podia darles de confianza y afecto, y el gran testimonio que daba de su lealtad á la faz del mundo.

La Francia respetó en mí la desgracia hasta el momento en que dejé para siempre sus riberas. Hubiera podido pasar á América, y llevar mi derrota al nuevo mundo, pero despues de haber reinado en Francia, no debia envilecer su trono buscando otra gloria.

Prisionero en otro hemisferio, nada tengo que defender sino la reputacion que la historia me prepara. Ella dirá, que un hombre, á cuyo favor se declaró todo un pueblo, no debe ser tan escaso de mérito como lo pretenden sus contemporáneos.







VIDA
POLITICA
DE
NAPOLEON
BONAPARTE

D

2012

x-rite

colorchecker CLASSIC

138

porque solo llevaba armas, y opinaba que los franceses nos proveerian de todo. El coronel Ingles que me custodiaba me habia pasado á divertirse á Liorna, y me habia ido á la vela con un buen viento.

Nuestra pequeña flota no padeció accidente alguno, durando la travesía cinco dias, al cabo de los cuales vi por fin ver las costas de Francia, cerca de la misma playa donde habia tomado tierra quince años antes, á mi vuelta de España. La fortuna parecia sonreirme como antes, y como antes volvia á aquel pais con gloria, para restablecer sus aguilas y hacerle un cerlo independiente.

Desembarqué sin obstaculo, y me recibia en Francia desgraciado. Mi comitiva consistia en un pequeño número de amigos y hermanos de armas que habian participado conmigo de la fortuna y de la desgracia; pero este era un nuevo mundo para adquirirse el respeto, y el amor de los Franceses.

Yo no tenia plan determinado, y solo poseia datos muy vagos sobre el estado de las cosas. Aguardaba mi destino de los acaecimientos, y solo habia

100mm